

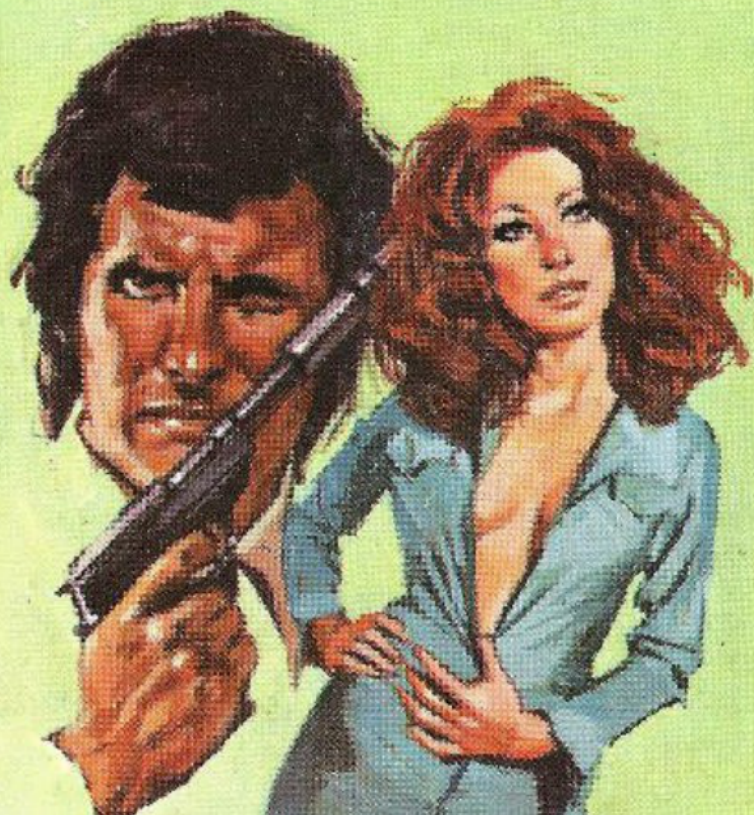
**BRUGUE
RA**

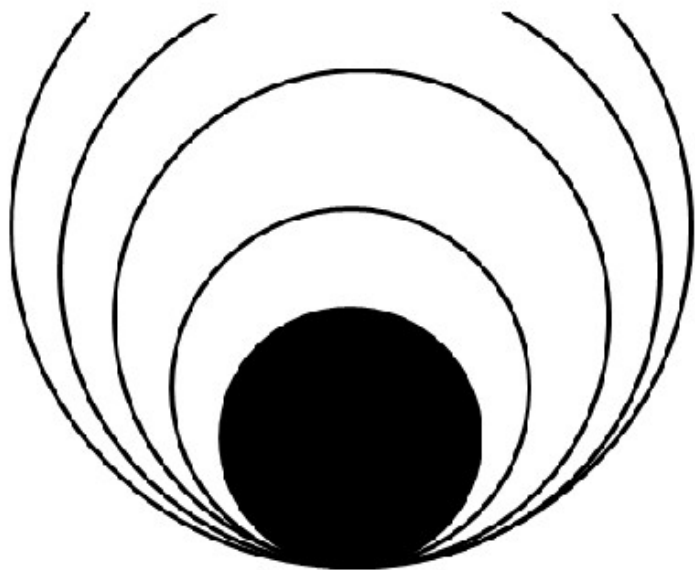
BOLSILIBROS

T POLICIAO

EL CRIMEN NO ES UN BUEN NEGOCIO

Clark Carrados





PUNTO ROJO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.857 — Firmado con sangre.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.706 — Rosas para una tumba vacía.
En Colección BÚFALO SERIE ROJA:
1.658 — Sed de odio, sed de sangre.
En Colección CALIFORNIA:
812 — Abogado de revólver.
En Colección KANSAS:
1.030 — Derrota y victoria.
En Colección BRAVO OESTE.
636 — Clave para el asesino.
En Colección SALVAJE TEXAS:
818 — Las siete chicas de oro.
En Colección BISONTE SERIE AZUL:
138 — Contratados para morir.
En Colección BÚFALO SERIE AZUL:
66 — Destinos ardientes.
En Colección PUNTO ROJO:
1.103 — Phil Fann, cazador.
En Colección COLORADO:
1.069 — Unidos por el odio.

CLARK
CARRADOS
EL CRIMEN
NO ES
UN BUEN
NEGOCIO

Colección PUNTO
ROJO n.º 1.111
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA. S. A

BARCELONA BOGOTÁ BUENOS AIRES - CARACAS MÉXICO

ISBN 84-02-02520 X

Depósito legal: B. 23.075 1983

Impreso en España Printed in Spain

1.ª edición en España: agosto, 1983

1.ª edición en América: febrero, 1984

© Clark Carrados - 1983

texto

© Pujolar 1983

Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Valles (N-152, Km 21,6501 Barcelona 1983

CAPÍTULO PRIMERO

La chica estaba sentada en un banco del parque y lloraba desconsoladamente. Thor Ogden se detuvo y la contempló durante unos instantes, preguntándose cuál podría ser la causa de tanta aflicción.

Ella no parecía haberse dado cuenta de su presencia. Con la cara oculta por las manos, sollozaba incontinentemente, sin duda presa de un sentimiento que le causaba una pena gravísima. Al fin, compadecido, Ogden se sentó junto a ella y le formuló una pregunta clásica en semejantes situaciones:

—¿Puedo hacer algo por usted, señorita?

La chica levantó un momento su rostro, que a Ogden le pareció sumamente atractivo, y denegó con un leve movimiento de cabeza. Ogden pudo apreciar que tenía las mejillas cubiertas de lágrimas.

Ogden era un galante caballero y, a pesar de la negativa de la muchacha, insistió en su ofrecimiento de ayuda:

—Si me cuenta lo que le pasa, tal vez pueda hacer algo en su favor, señorita.

Ella volvió a negar. De pronto, como si su pena hubiera subido de grados se abrazó desesperadamente a Ogden y escondió su cara en el pecho masculino.

Los sollozos sacudían el que Ogden, experto en el asunto, supo inmediatamente era un esbelto cuerpo de mujer plenamente formada. Durante unos momentos, sin embargo, se sintió un tanto ridículo.

Allí estaba él, en un lugar público, abrazado a una joven a la que no conocía y tratando de consolarla sin el menor éxito. Por fortuna, era una hora todavía relativamente temprana y no pasaba nadie, lo que alivió considerablemente aquella sensación de incomodidad.

Al cabo de unos segundos, ella pareció sentirse un poco mejor y se separó de Ogden.

—Dispense, caballero... Creo que he sido demasiado atrevida...

Ogden le dio un pañuelo y ella se enjugó los ojos. Luego trató de sonreír.

—No..., no se trata de nada excepcionalmente grave, pero... me sentía tan deprimida... Créame, su ayuda me ha servido de mucho...

—¡Pero si no he hecho nada! —exclamó Ogden.

La joven se puso en pie. Era alta, espigada, de cabellos rubios, no muy largos y sonrisa angelical.

—Gracias otra vez. Buenos días, señor.

Ella se alejó con paso vivo, pero gracioso, perdiéndose en la próxima revuelta del sendero sombreado por los árboles, Ogden meneó la cabeza.

—Su novio la habrá dejado plantada... en lo cual demuestra tener un gusto pésimo. Es una joven guapísima y si yo estuviese enamorado

de ella, no la dejaría ni a sol ni a sombra...

Ogden decidió dar el incidente por cancelado y continuó su paseo. Unos minutos más tarde, de repente, se sintió acometido por una horrible sospecha.

Con la mano derecha se tocó el costado de la chaqueta. Sí, allí estaba la billetera; notaba su bulto perfectamente.

—¡Uf! Pensé que todo había sido un truco de una chica de dedos largos y fáciles...

Mientras, Amy Brixton, en lugar seguro, abría la billetera de la que se había apoderado unos minutos antes con toda facilidad. Sonriendo, contempló su contenido: diez billetes de cien dólares, algunos más pequeños y, lo mejor de todo, un cheque al portador por cinco mil dólares.

Un cuarto de hora más tarde, salía del banco con cinco mil dólares más en su bolso. Decidió que podría tomarse unas buenas vacaciones. Una semana en algún lugar discreto, al sol, en la playa...

Los sueños de Amy Brixton se vieron desagradablemente truncados cuando alguien, desde un coche, agarró el bolso que ella sostenía descuidadamente con su mano derecha y se lo llevó, con todo su contenido.

Pero si en el primer momento se sintió decepcionada y humillada, no tardó mucho en rehacerse. Conocía al autor de la sustracción, sabía dónde encontrarlo y se propuso recuperar lo que consideraba de su legítima propiedad.

A mediodía, Thor Ogden se llevó una desagradable sorpresa, cuando, después de almorzar, sacó la billetera y se encontró con que, no solamente no era la suya, sino que estaba llena de recortes de periódicos.

Pese a la rabia que sentía, no pudo por menos que admirar el ingenio de la ladrona. Ella no había cometido la imprudencia de dejar un bolsillo interior vacío, lo que conducía a que la víctima del despojo lo notase quizá demasiado pronto. El había sospechado haber sido robado, pero, al notar que tenía una billetera en el bolsillo, había dado por supuesto que era la suya, sin molestarse en comprobarlo.

Lo malo era, se dijo, que había un cheque al portador y que ya había pasado demasiado tiempo. Por rutina, hizo una comprobación en el banco. Sí, el cheque había sido cobrado y...

Ogden, sin embargo, no se arredró. Tenía buena memoria para los rostros y sabía cómo localizar a la ladrona.

* * *

Llegó a la puerta y escuchó unos momentos. Ahora vestía ropas discretas: camisa oscura, chaleco de cuero negro y pantalones del mismo color, con botas de media caña, también negras. Pendiente del hombro izquierdo llevaba otro bolso de cuero.

Amy sacó una ganzúa y manipuló hábilmente en la cerradura. En el último momento, sin embargo, hizo algo de ruido, lo que le causó una viva contrariedad. Pero ya no podía echarse atrás.

Abrió poco a poco. En el interior del apartamento sonaron risas. Amy apretó los labios.

—Ese maldito Rana...

—No volverás a dar otro «tirón» semejante en los días de tu vida —dijo una mujer.

—Psé, hubo un poco de suerte...

—Amy *la Fría* tiene muy buena mano para ciertas cosas. A mí me da envidia en ocasiones...

—Pero tú tienes algo que ella no tiene ni tendrá jamás —dijo el hombre apasionadamente.

Amy avanzó otros dos pasos. De pronto, tropezó con una silla e hizo un poco de ruido.

Esta vez, pensó, era inevitable que los ocupantes del apartamento se percatasen de su presencia. Se preparó para el encuentro que ya sabía inevitable.

—Creo que hay alguien, Duckie —exclamó la mujer, aprensiva.

—Voy a ver... Pero me parece que estás soñando...

Un hombre apareció en el umbral de la puerta del dormitorio. Duckie *el Rana* levantó las manos instantáneamente.

—Estás asqueroso —dijo Amy—. Siempre has tenido un aspecto repugnante, pero así, desnudo, horripilas, Duckie.

—¿Qué diablos quieres, Fría? —preguntó el hampón.

Amy levantó lentamente la mano derecha.

—Mi bolso, con todo lo que contiene, o te dejo seco...

El Rana vio que la joven no bromeaba y señaló un diván con la cabeza.

—Ahí está —dijo.

—Ábrelo y vuelca todo su contenido sobre el sofá. Cuenta los billetes y no trates de jugarme una mala pasada, porque si crees que no soy capaz de disparar, estás muy equivocado.

La mujer se asomó un instante y lanzó un chillido. Como el Rana, estaba desnuda, aunque quedó oculta en parte tras la puerta.

—Vuelve a la cama, golfa —ordenó Amy perentoriamente.

Ella lanzó un chillido y huyó a la carrera. Un cuarto de hora más tarde, Amy, satisfecha, hizo retroceder al hampón y recobró su bolso.

—Te has gastado doscientos «pavos», pero no me importa. Rana, no vuelvas a jugar me otra mala pasada o te cortaré a tiros todos los dedos de la mano derecha. Y ahora, ¡vuelve a la cama con ese saco de sebo, rápido!

El ladrón dio media vuelta y escapó sin rechistar. Amy corrió hacia la puerta, cerró y se dirigió precipitadamente a la escalera.

Momentos después, se hallaba a bordo de su coche. Apenas había recorrido cien metros, sintió que una mano se apoderaba de los dos bolsos que había dejado en el asiento contiguo al suyo.

—No te alteres, guapa, y sigue conduciendo —oyó Amy una voz de hombre—. Sólo quiero recuperar lo que es mío, ¿comprendes?

Ella se dio cuenta muy pronto de lo que pasaba.

—Usted es Thor Ogden —dijo.

—Leíste mi documentación, supongo.

—Sí, pero pensaba enviársela por correo...

—Gracias por el detalle; ya no será necesario. Amy, ¿de dónde diablos salías ahora?

—Lo crea o no, me quitaron el bolso después de cobrar el cheque. Sin embargo, pude reconocer al ladrón y...

—Entiendo. Bueno, ya tengo lo mío. Gracias por tu colaboración.

—Se ve que hoy no era mi día de suerte —suspiró Amy—. ¿Sigue enojado conmigo, señor Ogden?

—Ya, no. Para en la próxima esquina, ¿quieres?

Ella obedeció mansamente. Ogden se apeó. A través de la ventanilla, tiró cinco billetes de cien dólares sobre el regazo de la joven.

—El truco de la falsa billetera merece un premio, Amy. Adiós y ojalá tengas mejor suerte en la próxima ocasión.

Amy le vio marcharse a lo largo de la acera, con las manos en los bolsillos, silbando alegremente una vieja melodía. Esta vez volvió a llorar, pero eran lágrimas auténticas.

* * *

Un par de semanas más tarde, Amy lloró una vez más, aunque sin tanta aflicción como el día en que había encontrado a Ogden en el parque. En esta ocasión, el hombre elegido para desahogar su pena era el de un hombre gordo, calvo, sudoroso, que no sabía qué hacer al sentirse abrazado estrechamente por una linda joven, acometida por una tremenda desgracia que no tenía remedio.

Amy y el hombre gordo estaban en el reservado de un local. Lo malo era que los tabiques de los reservados parecían de papel de fumar y las voces de Amy y del gordo llegaban fácilmente a los oídos

del hombre que aguardaba en el cubículo inmediato.

Ogden se atiesó al reconocer la voz de Amy. Luego oyó la voz del hombre, evidentemente congestionado por la proximidad de aquel cuerpo de tantos atractivos físicos.

—Ne...nena, yo comprendo tu..., tu situación... pero aguarda un momento... Permite que vaya al lavabo; volveré en seguida...

—Sí, si, lo que quiera usted, señor Desher...

Ogden se imaginó en el acto lo que iba a suceder. El gordo iba al lavabo y ella aprovecharía la ocasión para largarse con el botín de una billetera bien provista.

Ogden se hallaba en aquel lugar debido a una cita que había concertado por la mañana, pero se olvidó de todo al darse cuenta de lo que pasaba. Inmediatamente, se puso en pie, atravesó el cubículo y abrió la puerta.

Amy salía en aquel momento y estaba guardando una billetera en su bolso. Entretenida en su labor, no se dio cuenta de la presencia del hombre hasta que oyó su voz sarcástica:

—¿Buena caza, Amy?

La chica levantó los ojos y dio un respingo.

—¡Usted!

—En efecto, Amy *la Fría* —sonrió Ogden—. Estos reservados parecen hechos por personas que odian los ladrillos y el cemento. Se puede oír el vuelo de una mosca y...

Amy apretó el bolso contra su pecho.

—Esta vez no dejaré que me lo quite —dijo, con ojos muy brillantes—. Aquel dinero era suyo y yo no tenía derecho a protestar, pero ahora...

Algo interrumpió a la chica repentinamente: el estampido de un arma de fuego.

Los dos volvieron la cabeza instintivamente. La detonación había sonado en los lavabos.

Ogden se olvidó de Amy y echó a correr hacia los aseos. Apenas abrió la puerta, comprendió el significado del disparo.

El hombre gordo yacía en el suelo, boca abajo, con los brazos extendidos y una pierna doblada bajo el cuerpo. En el lado izquierdo de su cabeza se divisaba un redondo orificio, del que manaba la sangre abundantemente.

La muerte había sido instantánea. Ogden pensó que el gordo no había tenido siquiera tiempo de enterarse de lo sucedido.

Al cabo de unos momentos, pensó en Amy, pero no intentó buscarla. Ella habría aprovechado la confusión para escapar con su botín, lo cual, en cierto modo, resultaba lógico.

«Ya la encontraré», se dijo.

CAPÍTULO II

Habla disfrutado del sol y de la playa y se sentía un poco amodorrada, por lo que se tumbó en una hamaca, a la sombra, en un lugar discreto del hotel, completamente relajada, llena de una paz y una calma como no había sentido en mucho tiempo. Una dulce somnolencia la invadió y comprendió que iba a dormirse, a pesar de que eran solamente las tres de la tarde.

De pronto, unas voces que sonaban muy cerca llegaron a sus tímpanos.

—Caballeros, gracias por haber acudido —dijo un hombre—. Les he reunido en este lugar, porque es discreto y no abundan todavía los clientes. Por tanto, es el sitio ideal para tratar de un asunto que puede reportarnos a todos grandes beneficios.

—¿De qué se trata? —preguntó otro hombre, con acento que evidenciaba claramente su mal humor.

—Señor Pictus, será mejor que nos dejemos de rodeos. Durante años enteros, he estado estudiando las andanzas de todos ustedes y sé que, bajo la capa de honrados ciudadanos, se dedican a una profesión altamente lucrativa, la de matar por dinero. Son expertos en ese oficio y yo quiero utilizar sus servicios para eliminar a varias personas que sobran en este cochino mundo, eso es todo.

—Me está insultando, señor Johnson, es decir, si se llama así verdaderamente —exclamó otro individuo—. No sé de qué me está hablando; usted me citó aquí para tratar de negocios...

—Matar a la gente por dinero y cobrando altos precios, ¿no es un buen negocio? —dijo Johnson cínicamente—. Siéntese, señor Sherwyn; o la policía recibirá puntual información de sus andanzas en estos dos últimos años y comprobará que sus ausencias de Clarencetown coinciden muy justamente con las muertes de varios prominentes ciudadanos en distintos puntos del país,

Sherwyn se sentó, refunfuñando entre dientes. Amy se sentía estupefacta.

Lo que oía le parecía fruto de una pesadilla, pero se daba cuenta de que estaba despierta. Allí se estaba hablando de matar a la gente, como si se tratase de matar las moscas en una habitación, y el individuo que dirigía la conversación parecía más bien tratar de asuntos financieros perfectamente legítimos.

Temerosa, no se atrevió siquiera a moverse de su hamaca. El grupo de hombres estaba al otro lado de una mampara de mimbre, muy espesa, pero no tanto que impidiera el paso de los sonidos. Apretando los puños, continuó en la misma postura, respirando muy despacio incluso, a fin de evitar dar a conocer su presencia en aquel lugar.

«Si la descubrían, la asesinarían sin piedad», pensó.

Johnson continuó su charla:

—A usted, señor Pictus, le ha correspondido Arden P. Holin, de la compañía Arlin. Haga lo que sea, pero acabe con él. Cuando haya terminado su tarea, recibirá cincuenta mil dólares como premio. ¿Le parece poco?

—Está bien —gruñó Pictus—. Anotaré el nombre...

—Nada de escritura, amigo mío. Memorice bien el nombre, es todo lo que le pido. Las palabras se las lleva el viento; lo escrito, escrito queda.

— *Verbo volent, scripra manent* —dijo alguien sentenciosamente.

—¡Bravo, señor Calhoun! —exclamó Johnson—. Veo que conoce el latín y le felicito. Sin embargo, no le exigiré que le hable en esa antigua lengua al señor Thomas R. Sawson, de General Trucks, cuando llegue el momento de acabar con su existencia...

En aquel instante, Amy recordó que tenía junto a sí el bolso de playa, en el que guardaba su billetera, con la documentación, y una agenda de anotaciones. La agenda disponía de lápiz y ello le dio una idea.

Sabía cómo actuar sin hacer el menor ruido y empezó a anotar puntualmente todos los hombres que se citaban en la conversación que tenía lugar detrás de ella. Johnson y sus acompañantes, por lo visto, no se habían percatado todavía de su presencia.

Media hora más tarde, se disolvió la reunión.

De nuevo volvió a preguntarse Amy si lo habría soñado. Allí, en aquel discreto hotel, fuera de temporada, se había planeado el asesinato de cinco ciudadanos, todos ellos de re levante posición, con tanta frialdad como si se tratase de asuntos sin importancia. Para evitar que su presencia fuese descubierta, continuó todavía en el mismo sitio durante otra hora.

Sentía una terrible curiosidad por conocer a Johnson, nombre evidentemente falso, como había deducido acertadamente uno de los congregados, pero aún sentía más afecto por su vida y no quería ponerla en juego estúpidamente.

Después, empezó a pensar en la forma mejor de evitar una matanza que, indudablemente, de llevarse a cabo, iba a sacudir Clarencetown hasta los cimientos.

* * *

Entró en su apartamento y, con sendas sacudidas de los pies, lanzó los zapatos por los aires. Tiró el bolso sobre un diván y luego se sacó el vestido por la cabeza, quedando únicamente con las enaguas y el resto de la ropa interior.

Entonces, repentinamente, se dio cuenta de que había alguien en la estancia.

Una nubecilla de humo se elevaba al otro lado de un sillón de alto

respaldo. Rápidamente, Amy se agachó, recogió el vestido y lo puso delante de su cuerpo.

—¿Qué hace usted aquí? —gritó.

El sillón había sido cambiado de sitio y quedaba ahora frente a un espejo, en el que se reflejaba la imagen del hombre que había entrado en su casa sin permiso. La sorpresa recibida no era suficiente, sin embargo, para ocultar la indignación que sentía.

—Estaba aguardándote, Fría —dijo Ogden sin inmutarse—. Anda, ve a ponerte una bata y vuelve; tenemos mucho que hablar y puedes ganarte un montón de «pasta»...

—Yo no quiero su dinero —exclamó ella, furiosa—. Lo único que quiero es que se marche de casa cuanto antes, ¿me ha oído?

—Te noto cansada, frustrada... ¿Algo marcha mal? ¿Notas demasiado la crisis, Fría?

—¡No me llame así! —gritó la chica—. Tengo un nombre y quiero que lo use... No, demonios; lo que quiero en realidad es que se marche...

Ogden se puso en pie, contempló a la joven y frunció el ceño.

—A ti te pasa algo —dijo—. ¿Por qué no me lo cuentas? Te aseguro que seré discreto y no lo repetiré a nadie, a menos que me lo autorices. Una vez me jugaste una mala pasada, pero te devolví la pelota y hemos quedado en paz. Quiero ayudarte... y también quiero que me ayudes. Por favor, Amy...

Ella le miró fijamente. Al cabo de unos instantes, suspiró y dijo:

—Está bien, voy a ponerme una bata. Prepare algo de beber mientras tanto, se lo ruego.

—Puedes llamarme Thor —sonrió él—. Es preciso que, a partir de este momento, tengamos absoluta confianza el uno en el otro.

—Es posible que sea lo mejor —convino Amy, a la vez que echaba a andar hacia el interior del apartamento.

—A propósito —dijo Ogden—. Amy, ¿por qué te llaman La Fría? Ella se volvió.

—Adivínelo, ¿quiere? —Y siguió su camino.

Un cuarto de hora más tarde, regresó y Ogden le entregó una copa.

—¿Qué te pasa, Amy? —preguntó el hombre.

—Si se lo cuento, no me creerá. He ido a varios sitios, sin olvidar la policía, y nadie me ha creído... Todos piensan que estoy loca de remate...

—Yo soy un tipo muy comprensivo y te escucharé con toda atención, porque estoy seguro de que tienes la cabeza muy bien asentada sobre los hombros, preciosos, dicho sea de paso. Anda, siéntate y desahoga tu pena conmigo... y ahora de verdad, ¿eh?

Ellase sonrojó al recordar las circunstancias en que se habían

conocido. Al cabo de unos momentos, empezó a hablar y, cuando hubo terminado, Ogden se sintió sumamente perplejo.

—Parece fantástico, pero me siento inclinado a creerte —dijo—. Esos cinco individuos que has nombrado son otras tantas potencias en Clarencetown. Su muerte dejaría al aire los respectivos negocios y alguien podría quedárselos con muy poco esfuerzo. Pero lo más increíble de todo es que Clarencetown sea un nido de asesinos profesionales —dijo.

—¿Por qué no? —contestó Amy—. Es una ciudad relativamente pequeña, tranquila, apacible... el lugar ideal para la residencia de unos ciudadanos honrados y, en apariencia, respetuosos de la ley y del orden. Nadie puede sospechar que se escondan aquí y con toda seguridad, bajo nombres supuestos. Pero lo que escuché es absolutamente cierto, se lo juro. Y él no bromeaba, se lo aseguro.

—Te refieres a Johnson, sin duda.

—Sí.

—¿Pudiste verle la cara?

Amy hizo un gesto negativo.

—Me quedé en la hamaca todo el tiempo. No tenía ganas de que me descubriesen. Ellos no se habían dado cuenta de mi presencia, ¿comprendes?

—Desde luego y, repito, creo por completo en lo que me has dicho. De todos modos, tengo un amigo que hará algo en ese sentido, así que no tienes por qué preocuparte; él se encargará de que no les pase nada a esos individuos.

—A Desher lo mató un asesino profesional. ¿Se acuerda, Thor?

—No puedo olvidarlo —sonrió Ogden—. ¿Cuánto le sacaste, Fría?

—Dos mil doscientos y un cheque. Pero lo rompí; no me atreví a cobrarlo después de lo que había sucedido.

—Hiciste bien. De todas formas, insisto, no debes preocuparte; mi amigo se ocupará de que no les suceda nada a esos tipos. Y ahora, ¿por qué no hablamos del asunto que me ha traído a tu casa?

Amy fijó la vista en el visitante. Era un hombre alto, fornido, pero esbelto, de unos treinta y dos años y rostro casi feo, pero tremendamente atractivo. El pelo era oscuro, corto, a estilo romano, y vestía con descuido, aunque pudo darse cuenta de que eran ropas caras y que la negligencia era más bien una postura personal que fruto de la desidia en la indumentaria.

—Un momento —dijo—. Ese amigo suyo, ¿es policía? Porque de otro modo no se comprende que usted haya sabido mi nombre, mi apodo, mi dirección...

Ogden soltó una risita.

—Corramos un tupido velo... —respondió con sorna—. Vamos a lo nuestro, Amy. Y, por todos los diablos, me llamo Thor.

—Está bien, Thor. ¿De qué se trata?

—Te llaman Fría, pero debieran llamarte Llorona. Sabes desempeñar muy bien el papel de chica afligida por una terrible desgracia, lo que impulsa a los hombres a otorgarte su comprensión y su afecto, cosa que aprovechas para desvalijarles los bolsillos. Eso es, exactamente, lo que quiero que hagas con el hombre que te señalaré en el momento adecuado.

Amy arqueó las cejas.

—¿Debo «limpiarle» la billetera? —preguntó.

—No. Es algo mucho más difícil. Creo, incluso, que tendrás que someterte a un entrenamiento previo.

—Con un maniquí...

—Con una persona, mejor.

—Bueno, hable de una vez —pidió ella, impaciente—. Pero, espere un instante. ¿Qué sacaré yo de todo esto? No trabajo por amor al arte...

—Cinco mil dólares y el olvido de tus hazañas. Mi amigo dice que ya tenían pruebas para «enchironarte» unos cuantos años, así que te conviene hacer lo que te pido.

—Sí, su amigo es policía —dijo Amy, sarcástica—. Y usted, ¿qué es? ¿CIA?

—Por favor, no dramatices. Puedo..., puedo admitir que trabajo para un organismo gubernamental, pero nada más. Es todo lo que debes saber y no intentes averiguar nada más, ¿entendido?

—O.K., jefe. Ahora, suéltelo de una vez.

—Es relativamente joven, pero viste casi siempre chaleco, con una cadena de oro. Sin embargo, en lugar de reloj de bolsillo, lleva una llave.

—Y usted quiere la llave...

—Sí.

—¿No puede conseguir un duplicado?

—Si lo pudiera, no estaría aquí, Amy.

—El notará la falta en seguida —advirtió la chica. — Naturalmente que la notará, pero ya será demasiado tarde. Además, le dejarás otra llave muy parecida y sólo sabrá que es falsa cuando trate de utilizarla, cosa que sucederá el lunes por la mañana.

—Ah, debo «trabajar» durante el fin de semana.

—Mejor entre el sábado y el domingo. A veces, los viernes va a trabajar a su oficina. Si entonces notase el «cambiao», perderíamos todo, porque ya no podríamos actuar en uno de esos dos días.

—Comprendo. Le quito la llave y... ¿Ha dicho que actuaremos juntos?

—Sí, necesitaré un ayudante y no quiero otro que no seas tú.

—¿Por qué?

—Tienes unos dedos muy hábiles. Puedo necesitarte para un momento de apuro.

—Usted no ha necesitado llave para entrar en mi apartamento —acusó la joven.

—Es una cerradura muy sencilla —se defendió él con una amplia sonrisa.

—Tendré que reforzarla —murmuró Amy—. Esa llave, supongo, debe de ser muy especial.

—Lo es —confirmó Ogden con grave acento—. No sólo desconecta la alarma, muy complicada y difícilísima de inutilizar, sino que, además, tiene grabada la clave de la caja fuerte.

—Ah, se trata de una «lata»...

—Provista de una microcámara que capta las cifras grabadas en la llave. Eso desconecta la segunda serie de alarmas. Si no es así, conocer la clave no serviría de nada.

Amy meneó la cabeza.

—El tipo debe de guardar en la caja algo de mucho valor —calculó.

—No me tomes por grosero, pero debo decirte que el contenido de esa caja fuerte no te importa en absoluto. ¿Estás dispuesta a ayudarme?

—¡Qué remedio! Tal como se han puesto las cosas, es la única salida que me queda. ¿Cuándo, Thor?

—Mañana vendré a verte y daremos comienzo a los entrenamientos con la cadena y la llave. ¿De acuerdo?

Ella asintió.

—Estaré en casa todo el día —prometió.

CAPÍTULO III

Thomas R. Sawson salió de casa, como todos los días, tras despedirse de su esposa, subió a su coche, lo puso en marcha y descendió lentamente por la pendiente del sendero que cruzaba el jardín hasta la amplia avenida en la que residía

La avenida, a su vez, estaba en una colina y tenía una longitud de casi un kilómetro, con una suave pendiente que acababa precisamente en un lugar que le hacía torcer el gesto cada vez que lo veía.

Era un paso a nivel. Dos veces por día, a la ida y a la vuelta, Sawson echaba pestes de las autoridades municipales y de la compañía ferroviaria, porque no se esforzaban lo más mínimo por construir un paso elevado, que evitase las inevitables esperas que se producían cuando iba a llegar un tren.

Además, era un paso a nivel simplemente señalizado, sin barreras automáticas. Las construcciones de la colina eran relativamente recientes y hasta muy pocos años antes no habla allí más que campos sin cultivar, con sólo un par de granjas al otro lado de la colina, lo cual no justificaba la instalación de barreras ni otros gastos para la protección de los ocupantes de automóviles y demás vehículos.

Pero en pocos años, se habían levantado cincuenta o sesenta residencias en aquellos parajes y el tráfico por las mañanas era mucho más intenso que de ordinario. Sawson volvió a refunfuñar una vez más, al acelerar para llegar cuanto antes al paso a nivel.

El expreso del Norte solía coincidir con su salida de casa. Al mismo tiempo, con una diferencia de segundos, se cruzaba con un lento y larguísimo tren de carga. En ocasiones, perdía allí hasta un minuto y eso le hacía sentirse muy desgraciado, porque le gustaba ser puntual en la oficina.

Así podía exigir puntualidad a los demás. Llegar un minuto tarde le ponía de mal humor y le hacía sentirse infeliz durante el resto del día. A veces, Sawson se decía que un minuto, bien mirado, no tenía ninguna importancia.

«Pero un minuto hoy, otro mañana... Antes de un mes, cada uno llegaría a la hora que le daría la gana y esto sería el caos puro», pensó, como casi todos los días.

El expreso silbó a lo lejos. La sirena del tren de carga le respondió de inmediato,

Sawson maldijo entre dientes. No tendría tiempo de pasar.

Pisó el freno. Había acelerado más de lo conveniente y la cuesta abajo había ayudado a aumentar más la velocidad.

El freno se hundió a fondo, pero el automóvil no redujo la marcha.

Sawson volvió a pisar. El coche siguió su veloz carrera

Gritó de pánico. Algo pasaba en los frenos.

Buscó la palanca del freno de mano, pero también fallaba. Casi a ochenta kilómetros por hora, se precipitó sobre las vías, en el momento en que, bramadora, la pesada locomotora del expreso se le arrojaba encima a ciento treinta kilómetros por hora.

El coche voló por los aires, para estrellarse y rebotar contra la locomotora que llegaba en sentido contrario. Hubo un terrible estrépito de vidrios rotos y metales destrozados, y un cuerpo humano voló por los aires, pero Sawson ya no se dio cuenta de que se movía de una forma muy distinta a la habitual.

Cuando cayó, lo hizo en la propia vía del tren de carga. Había cuarenta vagones, a ocho ruedas cada uno. Lo que quedó de Sawson no se parecía absolutamente a una persona.

* * *

Amy parpadeó al ver al elegante caballero que aguardaba en el umbral, con un ramo de flores en una mano y un bastón de Malaca en la otra. El traje era color gris perla, adornado con una flor roja en la solapa izquierda. En la corbata se divisaba un alfiler con un brillante de buen tamaño.

El visitante llevaba sombrero abarquillado y guantes. Estaba discretamente perfumado y sonreía casi con timidez.

—¿Estoy bien? —preguntó Ogden.

Ella alargó una mano y le tocó el brazo.

—No eres una visión. Eres de carne y hueso —rió—. Anda, pasa y explícate por qué te has vestido cómo un figurín.

—Está bien claro: él viste así habitualmente. Anda, pon las flores en un jarrón; luego empezaremos las explicaciones.

Amy hizo lo que le decían. Ogden se quitó los guantes y el sombrero, que dejó a un lado, junto con el bastón. Cuando ella regresó, se desabotonó la chaqueta.

—Mira la cadena —dijo.

—Pretenciosa —calificó ella.

—Es exactamente igual a la suya. El viste con gran elegancia y, supongo, le debe de fastidiar muchísimo un detalle que desentona en el conjunto, pero estima la seguridad sobre todo.

—Se comprende. ¿Qué más?

—Ahora, echa un vistazo a la llave, por favor.

Ogden sacó la llave del bolsillo. Era más grande y ancha de lo habitual y tenía grabados en uno de los lados una complicada serie de cifras y letras, aparentemente sin orden ni concierto, y en dos hileras, si bien cada signo de la inferior quedaba situado bajo el hueco que había entre dos signos de la hilera superior.

Amy contó veintiún signos: once en la hilera superior y diez en la inferior.

—Esa clave sería capaz de volver loco a cualquiera —dijo.

—Excepto a unos mecanismos automáticos, programados para dar respuesta a la llamada que se efectúa con la llave auténtica —contestó él.

—Pero si ése es un duplicado, bastaría...

—Las letras y los números de esta llave son un ejemplo solamente; no son los auténticos, que no hemos podido conocer en su totalidad. Repito: la llave es para entrenamiento. Tiene los mismos tamaños, forma y peso que la original, pero eso es todo.

—Entiendo. Sigue, por favor.

—El suele acariciar la llave con el índice y el pulgar, pasando la yema de éste por los signos. Pero hay momentos, naturalmente, en que no lo hace.

—¿Por ejemplo?

—Cuando una chica muy afligida le abraza, solicitando consuelo —sonrió Ogden.

Ella le miró fijamente.

—Thor, dime, ¿crees que un tipo tan desconfiado puede perder la cabeza con la facilidad que tú piensas?

—No lo sé. En todo caso, es asunto tuyo. Recuerda: cinco mil y borrón y cuenta nueva sobre tu pasado delictivo.

—Está bien, haré lo que pueda. Pero si no tengo otra cadena para sustituir a la original...

—Esperaba que lo dijeras y he venido prevenido para ello, Amy.

Ogden metió la mano en un bolsillo y sacó la otra cadena, con su llave, envuelta en un papel de seda. Después de dejarlas al descubierto, las puso en manos de la chica.

—Examina los cierres, por favor.

Amy estudió la cadena un momento. Luego sonrió:

—Deberíamos hacer una señal para distinguirlas, ¿no te parece?

—Ya la tiene hecha. Cuando me digas si lo has conseguido, yo diré si es cierto o no.

—Perfectamente. ¿Empezamos ya?

—Cuando quieras.

De pronto, Amy le abrazó con fuerza y buscó sus labios. Ogden, sorprendido, tardó unos segundos en reaccionar.

Aquello no parecía cosa de broma, se dijo. Amy se, apretaba vivamente contra él y notó el contacto de sus senos contra el pecho. Ella adelantó una pierna y presionó contra la izquierda de Ogden.

El joven empezó a perder de vista lo que le rodeaba. Las caricias de Amy eran terriblemente excitantes. Sin poder contenerse, puso las manos sobre su cintura. Luego las hizo resbalar hacia abajo y atrás.

Su mano derecha, sin embargo, volvió a subir bien pronto y oprimió con suavidad el seno izquierdo de la joven. Ella le mordisqueaba los labios casi de continuo y movía el cuerpo con lentas

y sabías oscilaciones.

Bruscamente, con tanta rapidez como había empezado, todo terminó.

Amy lanzó una ruidosa carcajada.

—Estás a punto de explotar —dijo.

Ogden la miró un instante. Luego echó a correr al cuarto de baño y metió la cabeza bajo el chorro de agua fría.

Momentos después, regresaba a la sala.

—¿Por qué te llamarán Fría? —rezongó—. Parecías un volcán...

Amy enseñó la cadena con llave.

—Comprueba —indicó.

Ogden examinó la llave. Luego hizo un admirado gesto de asentimiento.

—Has hecho un trabajo maravilloso —dijo.

—¡Bah, una cosa sencillita, sin mayores complicaciones! Pero puede haberlas si él se muestra distante y frío. Si no coopera, no conseguiremos nada, Thor.

—Eso es cosa tuya, repito. Ahora sólo falta que te lo enseñe, para que estudies sus movimientos y elijas tú misma el momento de la acción.

—Sabes dónde vive, supongo.

—Por supuesto. Ahora, cámbiate de ropa, pero vístete sencillamente, sin demasiada presunción. Pasaremos en mi coche por delante de su casa y luego te enseñaré el edificio donde tiene sus oficinas. Por las noches, suele ir a cenar a cierto restaurante discreto, pero muy afamado por su buena cocina, también iremos allí...

—¿Va solo o acompañado? —sonrió la chica.

—Suele ir más veces solo que acompañado, pero en todo caso, su compañía es siempre distinta. Bueno, quiero decir que no le dura mucho tiempo la misma invitada.

—Por lo visto, le gusta la variación.

—Puede permitirse ciertos lujos.

Amy mentó la cabeza.

—Los hombres —suspiró—. Siempre consideran a la mujer como un lujo...

—Algunos —rió él—. Yo la considero como una necesidad de la que no se puede prescindir.

Ella le miró inquisitivamente.

—¿Eres casado? —le preguntó.

—¿Qué respuesta quieres?

—No, no me la des; en realidad, no me importa.

—Anda, ve a cambiarte; ya no podemos perder demasiado tiempo,

Amy se alejó hacia el interior del apartamento. Antes de que

desapareciera de su vista, Ogden llamó su atención:

—Ah, olvidaba una cosa... no, dos, mejor dicho. Una es que deberás cambiar tu aspecto de manera radical, tiñéndote el pelo si es preciso. Puede que te vea en mi compañía, pero sólo verá una joven rubia, hermosa, de aire sencillo y nada afectado. Cuando pases a la acción, serás lo que antiguamente se decía: una mujer fatal, una vampiresa, en suma.

—Sabré hacerlo. ¿Y...?

—Otra cosa es que tendrás una cantidad para gastos, de modo que te queden los cinco mil dólares limpios. ¿Satisfecha?

—Es un buen trato —calificó Amy.

Ogden se quedó solo. Para entretener la espera, encendió un cigarrillo.

Y de nuevo se hizo la misma pregunta:

«¿Por qué la llamarán Fría?»

De pronto, vio un televisor en un rincón y lo encendió. Un locutor emitía en aquellos momentos un boletín de noticias:

—Thomas R. Sawson, importante hombre de negocios y propietario de la firma General Trucks, ha fallecido hoy, víctima de un horrible accidente de circulación, al ser arrollado su automóvil en un paso a nivel sin barrera, por un tren...

En el dormitorio sonó de pronto un chillido.

Ogden se alarmó. Amy, terriblemente pálida, se asomó a la puerta.

—¡Es él! —exclamó—. Uno de los que figuraban en la lista que yo tomé cuando aquel desconocido contrató a unos asesinos profesionales.

Ogden se sintió estupefacto.

—¿Estás segura?

—Absolutamente. ¿Quieres que te enseñe la agenda?

—No es necesario. Vamos, termina de vestirte; en todo caso, yo hablaré en otro momento con mi amigo para que investigue el asunto.

—Ha sido un asesinato, Thor.

—Un accidente de circulación, Amy.

—Un asesinato, disfrazado de accidente de tráfico.

—Como quieras, pero ya no podemos hacer nada por ese desdichado. Repito que tengo un amigo que se ocupará del asunto. Nosotros tenemos otro entre manos y no podemos distraernos con temas ajenos. En todo caso, tú eres inocente y no debes considerarte culpable de nada...

Bruscamente, Ogden se detuvo y sonrió. Ella se sintió intrigada.

—¿Por qué te sonríes? —preguntó.

Ogden no contestó. Entonces, Amy se dio cuenta de que estaba vestida solamente con el sostén, las bragas y el ligero que sujetaba

las medias.

—¡Cómo te refocilas, lascivo individuo! —le apostrofó.

Ogden se echó a reír, pero la risa desapareció muy pronto de sus labios.

—¿Será verdad que hay alguien que conspira para asesinar a varios distinguidos ciudadanos de Clarencetown? —murmuró, profundamente preocupado.

En todo caso, su amigo, el mismo que le había proporcionado informes sobre Amy, podría tomar cartas en el asunto, se dijo.

CAPÍTULO IV

A las siete y media de la tarde, Amy ya se había recuperado lo suficiente para acudir al restaurante con aspecto completamente normal. Ogden eligió una mesa situada en un lugar discreto, desde el que se dominaba la mayor parte del espacio, y luego encargó la cena.

—Ya has visto su casa y el edificio donde tiene sus oficinas —dijo, mientras tomaban el aperitivo—. Cuando venga a cenar, lo verás y te grabarás su rostro en la memoria. Te he dado también una nota, con sus principales movimientos. Tú tendrás que hacer algo por tu parte, a fin de que le sigas discretamente durante algunos días, hasta que llegues a la convicción de que estás lista para actuar.

—Perfectamente.

—Y cuando estés lista... el resto correrá de tu parte, pero convendría que lo hicieras un viernes; así tendríamos el sábado y el domingo entero para actuar. ¿Entendido?

—No te preocupes; todo saldrá bien —aseguró la chica.

—El único problema es, quizá, que haya tomado una compañía para un período demasiado largo, cosa desacostumbrada en él, pero que puede suceder.

Amy hizo un gracioso gesto.

—Aunque sea así déjalo de mi cuenta. Ese tipo es pato muerto, puedes tenerlo por seguro.

—No lo dudo en absoluto —contestó él, recordando los momentos que había pasado durante el «entrenamiento»—. Amy, ¿por qué te llaman Fría?

Ella se puso rígida.

—No me hagas más esa pregunta, ¿me oyes? Si vuelves a repetirlo, te romperé una botella en la cabeza; luego te enviaré al infierno y que el diablo te proporcione la llave, porque yo no lo haré, aunque me metas en la cárcel.

Ogden se quedó muy sorprendido de la inesperada explosión de ira de la joven. Supuso que debía de existir algún problema en su vida anterior y que no quería se hiciese público. Tal vez un desagradable suceso había provocado en Amy un trauma, cuya naturaleza no alcanzaba a conocer, y del que no se había recuperado todavía.

Transcurrieron unos minutos. De súbito, Ogden, que había llevado la conversación por otros derroteros, exclamó!

—¡Ahí lo tienes! Ese es, el que llega acompañado con la pelirroja de la estola de zorro plateado.

Amy volvió la cabeza. Inmediatamente, se puso pálida, a la vez que llevaba una mano al pecho. Luego, con voz apenas perceptible, dijo:

—Thor, sácame de aquí... ¡Ahora mismo! Sin perder un minuto, ¿me oyes? Si no me sacas, me iré yo...

Ogden se sintió terriblemente desconcertado, ya que no entendía en absoluto los motivos de Amy. Ella parecía a punto de desmayarse y su rostro aparecía completamente descolorido.

Miró un instante al recién llegado, que recibía en aquellos momentos las atenciones del *maître*. Era un hombre de unos treinta y cinco o cuarenta años, alto, muy elegante, sumamente atractivo y con un aire de indudable prosperidad, que sí reflejaba en el más mínimo detalle de su indumentaria, la cual, sin embargo, perdía buena parte de su distinción a causa de la cadena que cruzaba su chaleco. Ogden, sin embargo, reaccionó en seguida y agarró la mano de la muchacha.

—Mantente firme un minuto —pidió—. Deja que se sienten; no conviene que nos vean levantarnos. Luego te llevaré a tu casa y, lo quieras o no, me explicarás lo que sucede!

Ella asintió en silencio, ya que no podía pronunciar una sola palabra. Ogden hizo una seña al camarero y le pidió la cuenta.

El hombre de la cadena y la llave se sentó en una mesa situada casi en el extremo opuesto del local, frente a su acompañante, pero de espaldas a ellos. Ogden decidió que era una buena ocasión para abandonar el restaurante, sin que el sujeto se diese cuenta.

* * *

Apenas llegaron al apartamento de Amy, Ogden preparó café, al que añadió unas gotas de whisky. El brebaje entonó considerablemente a la muchacha, quien parecía que todavía no se había recuperado del todo de la impresión sufrida unos momentos antes.

Ogden se situó frente a ella, sentada en un diván, con las piernas separadas y las manos en las caderas.

—Amy, escúchame, por favor —dijo—. Por lo visto, conoces a Sylvanus Pegger...

—Sí, demasiado —contestó ella afligidamente.

—Lo conoces —prosiguió Ogden— y es evidente que algo te ha sucedido con él. Tienes que saber una cosa: todo lo que estamos haciendo, lo que haremos, cualquier cosa, será un absoluto secreto entre los dos. Este es un asunto altamente confidencial y nada de lo que tú me digas será repetido a otra persona, ni siquiera a mis jefes, que los tengo, aunque te parezca mentira. ¿Lo has comprendido?

—Sí, Thor.

—Ciertos aspectos de tu vida privada no tienen por qué ser conocidos por personas ajenas a este asunto, pero yo sí quiero saberlo, porque estoy encargado de una misión muy importante y no quiero fracasar en el último momento. Debo conocer tus reacciones y saber cómo te vas a comportar en un momento determinado. A mis jefes no les importa ni les interesa en absoluto que te haya contratado; ellos quieren resultados y ni siquiera tienen por qué enterarse de que

trabajas para mí. Demasiado saben que me buscaría algún colaborador, pero no me pedirán les diga su identidad ni les cuente sus problemas, caso de que los tenga. ¿Me he explicado bien?

Amy parecía haberse recuperado casi totalmente.

—¿Ne creerás si te cuento lo que me sucedió con Pegger?

—Amy, tú viste entrar a ese hombre en el restaurante y creí que te ibas a desmayar. Tiene que haber algún motivo muy poderoso para que te hayas sentido tan mal. Pero tienes que contármelo y repito, ni una palabra saldrá de mis labios sobre tu problema.

—Está bien. A fin de cuentas, más de una vez me he preguntado si no me convenía contárselo a alguien, a fin de quitarme un peso de encima, aunque no sea más que parcialmente. Para que lo sepas, Thor: Pegger me violó cuando yo tenía apenas dieciocho años.

Ogden apretó los labios. Había sospechado algo parecido y las palabras de la muchacha no le extrañaron demasiado.

—Suficiente, gracias —dijo.

—No —exclamó ella resueltamente—. Quiero que lo sepas todo. Hubo algo más que una simple violación. Fue algo... realmente canallesco... y no puedo decir que sea indescriptible, porque te lo voy a contar... Yo trabajaba en sus oficinas... Entonces, no estaban situadas en el edificio que hoy ocupan... Bueno, una empleada más, y no éramos muchas, porque en aquella época su negocio era más bien modesto, aunque se veía claramente que estaba en camino de progresar. Resumiendo: un día me pidió que fuese a su casa para terminar el dictado de unas cuantas cartas que quería enviar sin falta al día siguiente.

—Un truco empleado por más de un ejecutivo —calificó Ogden críticamente—. Sigue, por favor.

—Bueno, luego ya te puedes imaginar lo que empezó a suceder. Trató de conquistarme, pero yo me negué... Es muy apuesto, lo reconozco; sin embargo, a mí no me satisfacía la idea de ganarme el sueldo con un trabajo suplementario en la cama. El, casi de repente, se puso como loco y me golpeó dejándome casi sin sentido. Cuando me recuperé, estaba en un sótano, en una cama, atada de pies y tobillos y completamente desnuda. Así abusó de mí ese miserable... y lo repitió varias veces en el transcurso de la noche. Caía sobre mí como una fiera hambrienta y luego, saciado, se marchaba, para volver una hora o dos más tarde y repetir el ultraje... Pero eso no fue todo: el grandísimo bastardo filmó cada segundo de la escena... y me dijo que me convenía callar, porque si no, vendería la película y...

—¡Pero eso le acusaría a él! —exclamó Ogden, pasmado.

—Es lo que yo le dije y se echó a reír. Dijo que lo tomaría como una ficción. La violación se producía realmente, pero yo era una víctima simulada; vamos, la protagonista de una película «porno», con

detalles sádicos. Nadie podría probar que yo no había aceptado interpretar aquel papel, ¿comprendes?

—El tipo se las pensaba todas —gruñó el joven, furioso—, ¿Qué ocurrió después?

—Yo no podría denunciarle, me dijo, porque ya había ingresado en mi cuenta quinientos dólares. Si la policía investigaba, diría que era el precio de mi «interpretación». Así que me soltó y me dijo que podía considerarme despedida del empleo. Por supuesto, yo no pensaba volver a su maldita oficina, pero él, tan distinguido, tan caballeroso, añadió el toque supremo a su despedida: me arreó una patada en el trasero, cuando ya iba a salir de su casa.

Ogden ocultó una sonrisa; no quería que ella lo viese y se enfadase justificadamente, al creer que tomaba a broma lo que había sido una tragedia.

—Después me he enterado de que no he sido la única —añadió la joven—. Ahora, naturalmente, se ha modernizado y graba esas escenas en video. Algunas, desde luego, se prestan de buena gana a sus caprichos y no necesita atarlas, como la pelirroja que le acompañaba esta noche.

—¿Qué hace luego con las películas? —preguntó Ogden.

—Es un degenerado. Se recrea contemplando las escenas en que él es principal protagonista...

—Ya es suficiente. Amy, lo siento, pero creo que vamos a deshacer el trato, porque no podrías actuar con la suficiente serenidad cuando llegase el momento.

La chica se puso en pie rápidamente.

—¡No, en absoluto! —dijo—. Durante años enteros, he; buscado la ocasión de vengarme de lo que ese miserable me hizo padecer. Cientos de veces, he pensado en pegarle cuatro tiros, pero... ¿merecía que yo me pasara toda la vida en la cárcel, a cambio de saberle muerto? Ahora, sin embargo, es distinto. No sé lo que va a perder cuando robemos su caja fuerte, pero me supongo será importante y le causará más daño que un par de balas en el cuerpo. Te ayudaré, seguirá adelante hasta el fin... ¿Crees que lo meterán en la cárcel?

—Si conseguimos las pruebas, sí.

—Entonces, me dará el gusto de sacarle la lengua, cuando lo vea entre dos policías y con las esposas puestas.

—Lo verás, tarde o temprano, pero lo verás y le sacarás la lengua —sonrió Ogden—. ¿Puedo preguntarte si eso ocurrid hace mucho tiempo?

—Cinco años —contestó Amy.

Ogden meneó la cabeza.

—Eres muy joven —dijo.

—Ahora ya sabes por qué me llaman Fría, Thor.

Hubo un instante de silencio. Los dos se contemplaban mutuamente. Ogden pensó que tenía ante sí una hermosa muchacha, que había sufrido un espantoso trauma, del que habían quedado en su mente huellas indelebles, aunque se hubiese recobrado físicamente. Resultaba comprensible que rechazase todo contacto con personas del sexo opuesto.

Solía suceder, especialmente cuando la víctima tenía pocos años.

—Pero vale la pena de que conserves la esperanza —dijo comprensivo—. Un día encontrarás al hombre de tu vida y lo olvidarás todo, porque él conseguirá borrar de tu memoria recuerdos tan amargos.

Se encaminó hacia la puerta. Antes de salir, se volvió hacia ella.

—Cuando llegue el momento, ¿sabrás conservar la serenidad? —preguntó.

—Para él, sólo fui un número más en su lista de sus, «conquistas». Lo ha hecho tantas veces, que ni se recuerda de mí, y menos si me presento con otro nombre y un aspecto distinto. Vete tranquilo; tendrás tu llave.

Ogden hizo un leve movimiento con la cabeza.

—No tomes sedantes para dormir ni te emborraches —aconsejó.

Cuando salió de la casa, tenía la cabeza hecha un torbellino. Se podía pensar que Amy le había contado una historia fantástica, pero no había nada fingido en sus palabras. La había visto a punto de desmayarse, cuando reconoció a Pegger y sabía que aquella palidez y la depresión subsiguiente eran absolutamente reales.

Entretenido en sus pensamientos, no se dio cuenta de que había un hombre en su coche, hasta que oyó una voz extraña y vio una pistola que le apuntaba al pecho:

—Suba y no haga ningún gesto extraño, señor Ogden. De lo contrario, le volaré la tapa de los sesos —amenazó el desconocido.

CAPÍTULO V

Durante unos segundos, Ogden, con la mano en la portezuela que acababa de abrir, contempló al sujeto, sentado en el asiento contiguo al del conductor.

El rostro del individuo estaba cubierto por las sombras, pero la pistola brillaba ominosamente. Ogden decidió muy pronto que no estaba dispuesto a cumplir la orden que acababa de recibir.

Bruscamente, de un manotazo, cerró la portezuela. Al mismo tiempo, se tiraba a un lado, cayendo de costado al suelo.

Volteó velozmente sobre sí mismo. Mientras lo hacía, vio al sujeto salir por el otro lado. La pistola llameó una vez.

El proyectil arrancó chispas del asfalto. Ogden no iba desarmado precisamente.

También tenía una pistola y estaba provista de silenciador. El desconocido disparó dos veces más Ogden sintió en la pierna derecha una leve sensación de quemadura.

Pero ya había hecho puntería y apretó a su vez el gatillo. Tres balas salieron en rápida sucesión, silenciosamente, y se hundieron en el pecho del desconocido.

Inmediatamente, Ogden se puso en pie y echó a correr hacia la casa. En aquellos instantes, no había nadie en la calle. Estaba seguro de que el otro había muerto. Y si aún vivía, no duraría mucho.

Amy se quedó atónita al verle aparecer de nuevo.

—¡Thor! ¿Qué ha sucedido? —exclamó—. He oído tiros en la calle, pero cuando me asomé, no vi más que un cuerpo tendido en el suelo...

—El tipo quiso matarme. Yo me defendí —respondió Ogden escuetamente.

—¡Dios mío! —se aterroró la muchacha.

—Una de sus balas, creo, me ha rozado la pantorrilla. ¿Tienes elementos de cura en el baño?

—Sí, desde luego...

Amy echó a correr. Cuando regresó, vio, pasmada, que Ogden se había quitado los pantalones.

—La pernera izquierda tiene un rasguño y está manchada de sangre —explicó él—. Es probable que vengan policías a preguntar si hemos visto algo. En tal caso... tendrás que arriesgarte a perder tu reputación.

Ella sonrió.

—En estos tiempos, eso es algo que no preocupa demasiado a la gente —contestó, a la vez que se arrodillaba para curar el rasguño causado por el proyectil en la pantorrilla izquierda del joven—. Si llega a darte un poco más adentro, te parte el remo y la misión al diablo, ¿eh?

—He tenido suerte —admitió Ogden.

Apretó los labios al sentir el escozor del desinfectante. Ella le curó rápida y hábilmente, mientras ya se oían voces excitadas en la calle y sonaban las primeras sirenas. Al terminar, Amy puso unas tiras de tafetán adhesivo sobre la herida.

—De todos modos, convendría que te viese un médico...

—No, no es nada grave —rechazó él la sugerencia—. No hay por qué pregonar lo sucedido, Amy.

—Como quieras, pero, si me permites una observación...

—Sí, claro.

—Esa misión debe ser muy importante, Thor.

—Lo es.

—Y si hoy han querido borrarte del mundo de los vivos, ¿no crees que pueden intentarlo nuevamente en otra ocasión?

—¿Quién dijo aquello de los riesgos del oficio? —sonrió Ogden—. No puedo echarme ahora para atrás; tengo que seguir hasta el final, Amy.

Ella estaba aún vestida. Dio media vuelta y se encaminó a su dormitorio.

—Incluiré el importe de una corona de flores para tus funerales, en mi nota de gastos —dijo—. Voy a ponerme una bata: de otro modo, cuando llegue la policía no se creerán que nos han sorprendido en momentos críticos

—Pero agradables —rió Ogden.

—¿Realmente son agradables? —preguntó la muchacha ácidamente.

Ogden no supo qué contestar. Era evidente, se dijo, que Amy tardaría mucho en superar el trauma que la acomplejaba. «Si es que lo consiguiese algún día», pensó

* * *

El sargento de la policía, Clem Layne, se encontró de repente involucrado en el asalto a un banco, del que salió con una bala en el hombro derecho y otra en la pierna del mismo lado. Layne, lógicamente, fue a parar al hospital, y cuando se sintió un poco mejor, hizo llamar a Ogden.

El joven se presentó inmediatamente. Tras interesarse por la salud de su amigo, oyó una proposición que le resultó absolutamente inesperada. En realidad, más que propuesta, era una petición que no podía desatender.

—Tienes que encargarte del caso de los asesinos profesionales —dijo Layne—, Tuve la mala suerte de pasar por el banco, cuando se cometía el atraco, y me he encontrado con dos agujeros en el cuerpo, que me tendrán en cama un par de meses, por lo menos. Por tanto, el caso queda en tus manos.

—Pero yo tengo otro muy importante... Además, no pertenezco a tu servicio... Soy de otro organismo...

—¿Crees que no lo sé? —rezongó Layne—, Pero es que en el departamento no hay otro capacitado. Además, cuento con la aquiescencia del jefe. Se ha sentido muy aliviado cuando se lo dije. No puedes dejarme en la estacada, Thor, sobre todo, sabiendo que hay cuatro o cinco personas en peligro de muerte.

Ogden apretó los labios.

—Maldita sea... El dinero no te importaba en absoluto; debías haber permitido que se lo llevarasen...

—Supongo que actué por un reflejo condicionado. Me siento muy fastidiado, pero más lo estaría si hubiese permitido a los ladrones escapar con su botín.

—Uno de ellos ya no atracará más bancos —dijo el joven—. Y el otro está maldiciendo tu inoportunidad... y no muy lejos de esta habitación.

—Sí, tiene una bala en las tripas, pero saldrá adelante. Bien, muchacho; acabo de pasarte la antorcha del relevo. El caso es tuyo. Si tienes problemas, habla con el jefe y te solucionará cualquier dificultad.

Ogden sonrió.

— Ahora comprendo a los antimilitaristas —dijo—. Uno es llamado a filas, hace buenos amigos con los compañeros de milicia, y en muchos casos, la amistad perdura... Los antimilitaristas, supongo, deben de odiar ese sentimiento, Clem.

—Son gente agriada de nacimiento —calificó Layne—. Y, a propósito, tengo entendido que el otro día encontraron a un tipo frito a balazos, delante de la casa en dónde estabas pasando, creo, una velada muy agradable.

—Sí, es cierto, pero no vi nada...

—El muerto se llamaba Ole Svóngstrom, un sueco que nadie sabe qué podía hacer en Clarencetown. ¿A ti se te ocurre algo, Thor?

—Sólo soy un buen amigo tuyo, como acabo de decir.

—Ella sería guapa, supongo.

—¿Cuándo me has visto con una mujer fea, Clem? —rió el joven. Se encaminó hacia la puerta.

—A propósito, tengo entendido que entre las posibles víctimas de esa conspiración, hay una mujer, Beryl MacKiffer. ¿Qué sabes de ella?

—Treinta y seis años, terriblemente guapa, muy rica, una viudez y dos divorcios. Algunos la llaman doctor Jekyll. Otros, míster Hyde.

—¿Una doble vida?

—Para los negocios, es una tigresa. Cuando se olvida de ellos, un vampiro con faldas. Elige el personaje que más te agrade.

—No hay términos medios, ¿eh?

—Lo dejo a tu sagacidad, pero ten cuidado o acabarás como un limón después de pasar por el exprimidor de zumos.

Ogden puso los ojos en blanco.

—¡Qué delicia! —exclamó como despedida.

* * *

Ogden decidió que lo mejor era acometer el asunto de frente y, tras una corta y rápida investigación, se dirigió a la lujosa residencia de Beryl MacKiffer y solicitó ser recibido inmediatamente a la sirvienta que acudió a su llamada.

La dueña de la casa le recibió diez minutos más tarde. Era realmente una mujer hermosa, pero en sus ojos había dureza y recelo. Tras un breve preámbulo, Ogden le explicó el asunto con el máximo de detalles posibles.

Para su asombro, Beryl se echó a reír apenas conoció los motivos de la visita del joven.

—De modo que dice que hay alguien que ha contratado un asesino profesional para liquidarme —dijo.

—Eso es, señorita, y le garantizo la autenticidad de la información.

—El informador pudo ser sincero, pero dudo mucho de que la información sea creíble.

—Señora...

Beryl alzó una mano.

—Permítame, señor Ogden. Aunque no lo ha expresado claramente, supongo que pertenece a la policía.

—Algo por el estilo, señora —sonrió el joven.

—Muy bien, en tal caso, debe saber una cosa: El que contrató al asesino no obtendría nada en caso de mi muerte.

—¿Cómo?

—Hace, exactamente, dos días que me he retirado de los negocios. He recibido una cantidad satisfactoria por mi empresa y ya no me pertenece en absoluto. Todo mi capital está ahora invertido en valores sólidos, altamente rentables y absolutamente intraspasables a terceros, a menos que yo lo disponga explícitamente, cosa que no he hecho ni pienso hacer por el momento. Si yo muriese, toda mi fortuna iría a parar a unos lejanos parientes, que residen nada menos que en Australia. El que contrató al asesino, por tanto, no obtendría el menor beneficio de su acción, se lo garantizo. De otro modo, mi negocio habría sido tal vez malvendido... y eso ya no puede suceder. ¿Lo entiende ahora?

—Sí, señora. Una decisión muy elogiable, aunque desconozco los motivos, pero..., ¿lo sabe el hombre que desea su muerte?

Beryl sonrió.

—Las negociaciones terminaron hace dos días, como ya le he

dicho. Faltaban algunos pequeños detalles, que ya han sido cumplimentados. Mañana se publicará la noticia. Entonces, ese individuo sabrá que no va a conseguir nada con mi muerte y desistirá de su empeño.

—Bien, señora, en tal caso, no tengo nada que hacer en su casa, salvo rogarle me dispense las molestias que le he ocasionado.

—Al contrario, he tenido un gran placer en conocerle, señor Ogden.

Beryl le miraba de una forma muy peculiar y el joven decidió emprender una prudente retirada.

—El gusto ha sido mío, señora —se despidió.

Pero, de pronto, se le ocurrió una idea.

¿Por qué tenía que deshacerse Beryl de un negocio que producía saneados beneficios?

Fijó la vista en ella. El rostro de la mujer enrojeció ligeramente.— Adivino lo que piensa, señor Ogden dijo

—¿Sí?

—Estaba cansada de trabajar...

—¡Tan joven!

Beryl se esponjó.

—Ya no soy una adolescente, precisamente.

—Muchas adolescentes la envidiarían a usted, y no lo digo por su fortuna, señora MacKiffer.

Ella se atusó el pelo.

—Me conservo bien, eso es todo —dijo, con fingida displicencia.

—Eso podrá decirlo usted dentro de cincuenta años, pero no ahora. Espero que sepa disfrutar de su bien merecida fortuna durante toda la vida y que ésta, naturalmente, sea muy larga.

—Es usted muy amable, señor Ogden. ¿No quiere quedarse a tomar una copa conmigo?

—Tengo algo de prisa, una cita que no puedo demorar. Discúlpeme, pero me es imposible...

—Vuelva otro día.

—Sí, lo procuraré.

Ogden salió de la casa y, una vez fuera, se abanicó el rostro con la mano. Tenía la impresión de que no le hubiera sido muy difícil conquistar a Beryl, pero ¿no habría sido él la «víctima»?

—Aunque, a veces, da gusto ser conquistado...

De pronto, torció el gesto.

Acababa de volver a la realidad. Amy había escuchado la conversación de un individuo que pretendía asesinar a varias personas de la ciudad, cuyos nombres conocía. También había oído los nombres de los asesinos. ¿Por qué no hacer una visita al primero de ellos, un tal Pictus?

¿Era un nombre auténtico?

Con toda seguridad, era el que utilizaba en Clarencetown. Cuando salía fuera de la ciudad, para cumplimentar algún «contrato», emplearía otro y, posiblemente, cambiaría de aspecto. Pictus debía de ser el asesino de Howlin, pero éste vivía todavía. En cambio, habían muerto dos: Desher y Sawson. La muerte de este último, sobre todo, resultaba muy intrigante.

¿Había sido realmente un accidente o un asesinato?

Sacó su agenda. Calhoun era el nombre del individuo que debía asesinar a Sawson. Decidió que lo mejor sería visitarle antes que a ninguno y, para ello, lo primero que tenía que hacer era averiguar su domicilio.

En Clarencetown, pasaban por honestos ciudadanos. Por tanto, los nombres debían de figurar en la guía de teléfonos y así fue como encontró la dirección de Ernest J. Calhoun.

CAPÍTULO VI

Era una casa de aspecto corriente, de una sola planta, con un pequeño jardín alrededor, pero con una curiosa peculiaridad: el cobertizo añadido a la parte posterior, con tejado de plancha acanalada y paredes acristaladas, pero con vidrios translúcidos. Permitían el paso de la luz, pero no dejaban ver lo que había en su interior.

El almacén era de metal prefabricado. Ogden actuó con cautela y consiguió llegar a la parte posterior sin ser visto. Había una puertecita y, al tantear el pomo, se preguntó si dispondría de alguna alarma.

Decidió correr el riesgo. «Las explicaciones, después, si me pilla», pensó.

Un minuto más tarde, habla conseguido abrir la puerta. Respiró aliviado al darse cuenta de que no había sonado ninguna alarma.

Durante unos segundos, permaneció en el umbral, contemplando lo que, a primera vista, era el taller de un aficionado a los trabajos caseros. Había toda clase de herramientas y pequeñas máquinas. Se comprendía que hubieran fallado los frenos del coche de Sawson.

Entró, cerrando con todo cuidado a sus espaldas. Lo que tenía a la vista, desde luego, era completamente inofensivo. Nadie podría acusar de un crimen al dueño de la casa. Sería preciso sorprenderle *infraganti* y Calhoun ya se cuidaría mucho de que no fuera así.

Pasados unos minutos, pensó en el enorme armario de metal que había adosado junto a la pared posterior de la casa y al lado de la puerta que comunicaba con el interior de la misma. Estaba cerrado con llave y muy pronto se dio cuenta de que no se trataba de una cerradura corriente.

Pero ello no le arredró en absoluto. Estudió la cerradura unos momentos y luego pasó a la acción con sus ganzúas.

Esta vez le costó más trabajo, pero, al fin, lo consiguió. Cuando hubo abierto una de las dos hojas de la puerta, se quedó perplejo, porque el armario estaba prácticamente vacío, a excepción de algunas herramientas que no parecían tener valor alguno.

Parpadeó, desconcertado. Si Calhoun había instalado allí un armario que parecía destinado a guardar algo de importancia, ¿por qué no había nada que excitase su interés?

De pronto, pareció notar algo extraño. Tocó la pared del fondo con las yemas de los dedos extendidos. Luego retrocedió un poco y contempló la pared lateral del armario.

—Un buen truco, sí, señor —sonrió, satisfecho.

El fondo del armario era una pared falsa. Había una diferencia de diez centímetros entre el interior y el exterior. Puesto que era bastante, profundo, tal diferencia resultaba difícil de apreciar a primera vista.

Con los nudillos, golpeó suavemente la pared del falso fondo. El sonido a hueco resultaba inconfundible. Había algo oculto, pero no ocupaba todo el espacio, de dos metros de altura, por casi otro tanto de anchura y diez de profundidad. En aquel hueco se podían guardar muchas cosas.

—Un tipo inteligente —murmuró, mientras que, con los dedos, recorría metódicamente la superficie interior del armario, a fin de encontrar el resorte que le permitiera abrir aquella falsa pared.

Pasados casi cinco minutos, notó una ligera protuberancia, que resultaba prácticamente invisible, a menos que se conociera su exacta situación. Hizo presión con el pulgar y, en el acto, oyó un chasquido.

La pared giró por completo hacia fuera. Ogden abrió la boca.

Había allí un completísimo arsenal: tres rifles, uno de ellos con silenciador y mira telescópica y otro con mira de rayos infrarrojos, para disparar por la noche; una ametralladora Marietta, apenas mayor que una pistola corriente, dos pistolas y dos revólveres, varias cajas de munición en pequeños estantes y también encontró un par de rollos de mecha, cuatro aparatos de relojería y un artillugio semejante a una persiana, pero sus piezas no eran láminas de plástico, sino cartuchos de dinamita.

Era un sistema muy cómodo para guardar el explosivo; dado el poco fondo del escondite. Pero no cabía duda: Calhoun era un hombre ecléctico y sabía utilizar cualquier «herramienta» para liquidar a las personas.

Al cabo de unos momentos, cerró el falso fondo, dejando el armario en su posición normal. La policía vendría más tarde para examinar aquello. Y, lógicamente, habría que proveerse de una orden judicial, a fin de hacer las cosas en regla.

Las dos hojas de la puerta estaban abiertas de par en par, Cerró primero la izquierda y, todavía la tenía sujeta por la mano, cuando oyó una voz que procedía de aquella dirección!

—¿Le ha gustado mi escondite, señor curioso? Lo siento por usted, porque no va a poder repetir a nadie lo que ha visto.

* * *

Ogden se quedó rígido, en la misma postura, sin un solo movimiento, excepto el de los ojos para poder ver al hombre que había aparecido tan inesperadamente.

—¿Calhoun? —dijo.

—Sí.

—Un buen escondite, Ernest. ¿Cuántas víctimas figuran en su cuenta particular?

—No las cuento. Hago mi trabajo, cobro y ahí se acabó todo.

—Sin pesadillas por la noche.

—En absoluto.

—Sin duda, se sometió a una operación quirúrgica, una lobotomía de nueva especie, y le extirparon del cerebro las circunvoluciones correspondientes a los remordimientos de conciencia.

—¿Qué es eso? —preguntó el asesino cínicamente.

—Tiene razón en ignorarlo, Ernest; así disfrutará mejor de los cincuenta mil dólares que cobrará por la muerte de Sawson.

Calhoun se estremeció.

Era un hombre de mediana estatura, de aspecto corriente y con lentes de montura de oro, que le hacían parecer un vulgar empleado. Pero en su mano empuñaba un revólver de corto cañón que, sin embargo, había sido prolongado por el tubo de un silenciador.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó al cabo.

—Hace algunos días, se celebró una reunión en un determinado hotel de cierta playa situada a unos sesenta kilómetros de Clarencetown. Ustedes eran cinco o seis, todos asesinos profesionales, excepto uno: el que les señaló las víctimas y prometió cincuenta mil dólares a cada uno cuando hubiesen ejecutado su trabajo.

—Es imposible... No había nadie en aquel salón... Yo mismo llevaba un maletín con detector y no pude captar ningún aparato de escucha en funcionamiento.

Ogden se echó a reír.

—No hay mejor aparato de escucha que el oído humano, sobre todo, si se encuentra al otro lado de una mampara de mimbre. Ustedes, tan precavidos habitualmente, no supieron darse cuenta de que había una persona descansando en una tumbona, al otro lado de la mampara.

—¿Habla en serio?

—Ernest, ¿por qué se cree que estoy aquí?

—No por mucho tiempo, señor curioso...

—Aguarde un momento, se lo ruego. ¿Quién era el..., el contratante?

—Primero, no lo conocíamos. Segundo, iba disfrazado y hasta alteraba su voz; y tercero: ninguno de nosotros denunciarnos jamás a la persona que nos encomienda un trabajo —contestó Calhoun.

—Ya, el secreto profesional —dijo Ogden sarcásticamente—. Ernest, ¿me permite la última pregunta?

—Hágala. Le garantizo que, de verdad, será la última.

—Muy bien. Puesto que piensa matarme, ¿dónde esconderá mi cadáver?

El pie de Calhoun golpeó el suelo.

—¿Oye? Estamos sobre un entarimado. Es mejor que el cemento para un tallercito como el que me instalé. Debajo de las tablas, hay sólo tierra. Levantaré unas cuantas, cavaré una tumba.,.

—Las tablas se mancharán de sangre.

—Les daré la vuelta cuando las ponga de nuevo. Si, le echarán en falta, pero ¿quién podría imaginarse que está aquí debajo de...?

Algo interrumpió a Calhoun bruscamente. Durante todo el tiempo, Ogden había permanecido en la misma postura, con ambas manos en las hojas de la puerta del armario, a media altura, lo que era una forma de separarlas del cuerpo, sin necesidad de alzarlas sobre los hombros. La hoja izquierda estaba casi cerrada y el joven la abrió con tremenda violencia, golpeando así la mano armada que le encañonaba desde menos de un metro de distancia.

Calhoun trastabilló. Ogden le golpeó con el puño izquierdo, aunque sin demasiada efectividad. Sin embargo, consiguió tirarlo al suelo.

El asesino rugió, mientras trataba de incorporarse. Ogden vio que no había soltado el revólver.

Calhoun, medio caído, movió el arma para apuntarle y disparar. Ogden se dio cuenta de que ya no tenía tiempo de arrebatarse el revólver, por lo que le golpeó con la puntera del zapato.

En otras circunstancias, no habría sido un golpe muy afortunado, porque apenas si hizo daño al destinatario. Pero sí fue lo suficientemente efectivo para desviar el antebrazo derecho de Calhoun hacia su propio cuerpo, justo en el instante en que apretaba el gatillo.

La boca del cañón con silenciador se apoyaba casi en su pecho, cuando salió el proyectil. Calhoun se estremeció horriblemente.

La bala, apreció Ogden, le había herido con una trayectoria oblicua, pero el orificio de entrada estaba hacia el centro, un poco a la derecha y más arriba del cinturón. El fogonazo, incluso, había chamuscado la camisa.

Calhoun le miró desesperadamente, con odio infinito, sabiéndose impotente para evitar un fin totalmente inesperado. De pronto, echó la cabeza hacia atrás y se quedó quieto.

Ogden sacó un pañuelo y se secó el abundante sudor de la frente.

—Jamás me había visto tan cerca de la muerte —comentó.

Luego trató de evaluar la situación. El disparo, lógicamente, no había sido oído.

Nadie le había visto entrar. La muerte de Calhoun había pasado totalmente desapercibida. Lo mejor que podía hacer era marcharse y avisar anónimamente de lo sucedido. Aunque actuaba de una forma oficial, aquel suceso podía acarrearle complicaciones que deseaba evitar a toda costa.

Cuando se iba a marchar, recordó algo. Fue al armario, abrió la pared secreta y dejó al descubierto el arsenal del asesino. La policía tendría así en qué ocuparse, y sabrían qué clase de sujeto había sido el muerto.

Más tarde, fue al apartamento de Amy, pero la joven no estaba en casa.

Se preguntó dónde podría hallarse, pero no era cosa de esperarla, porque no sabía cuándo podría regresar. Tenía apetito y decidió cenar. Para ello, nada mejor que el restaurante que había frecuentado en otras ocasiones.

Alrededor de las siete y media, estaba sentado ante una mesa, delante de una excelente sopa de pescado. Había con sumido la mitad cuando vio entrar a Pegger, acompañado de una espectacular morena.

Ella era alta de por sí, pero había aumentado su estatura con unos tacones de diez centímetros, tan delgados que parecía imposible no se rompieran en el acto. El vestido era color rojo fuego, sin espalda, y con sólo dos tiras de diez centímetros escasos de anchura por delante, lo justo para cubrir un poco sus hermosos senos, redondos, estallantes de juventud.

Ogden se quedó boquiabierto.

«Vaya una conquista», murmuró para sí.

En aquel momento envidió a Pegger.

—De buena gana, le pegaría un tiro para robarle a esa beldad...

Súbitamente, se dio cuenta de que conocía a la morena.

—¡Dios mío, qué transformación!

Amy estaba completamente cambiada. A Ogden le costó trabajo reconocer a la hábil ladrona de billeteras, que había conseguido engañarle en cierta ocasión. ¿Haría lo mismo con Pegger?

¿Se daría cuenta el sujeto de que su hermosa acompañante era la misma muchacha a la que había ultrajado con indescriptible sadismo cinco años antes?

En cinco años, el aspecto de una mujer no cambiaba demasiado, aun teniendo en cuenta que ella era poco más que una niña cuando se produjo aquel desgraciado suceso. Pero el pelo negro, el sabio maquillaje, el espectacular atavío... y, seguramente también, un nombre completamente distinto, engañarían a Pegger, el cual, como de costumbre, lucía su inevitable cadena de oro cruzada sobre el chaleco.

Pasados unos momentos, repuesto de la sorpresa, continuó cenando, sin prestar la menor atención a Amy, sentada, con Pegger, varias mesas más allá. Sin embargo, observándola con disimulo, apreció que ella se comportaba con suma circunspección. «Sabe desempeñar bien su papel», pensó, satisfecho.

La vería al día siguiente. «¿Conseguiría hoy cambiar la cadena?», se preguntó.

Terminó de cenar, abonó la cuenta y se dispuso a salir del restaurante, sin mirar siquiera a Amy. Llegó a la calle y en el mismo instante vio a un individuo que bajaba la tapa del motor de su coche.

Una especie de campana de alarma resonó de pronto en su mente. ¿Qué diablos hacía aquel sujeto en su automóvil?

El hombre se alejó a grandes zancadas hacia otro automóvil que aguardaba un poco más allá. Ogden se dio cuenta de que ya no podría alcanzarle.

Tenía buena memoria y grabó mentalmente la matrícula del otro automóvil. Por nada del mundo pensaba accionar el arranque de su coche.

Esperó unos momentos, hasta que el otro vehículo hubo desaparecido. Luego se acercó al suyo y levantó la tapa del motor.

Tal como había sospechado, encontró un paquete con tres cartuchos de dinamita. La indignación se apoderó de su ánimo.

El habría muerto, desde luego, pero otras personas inocentes hubieran muerto también o podían haber resultado gravemente heridas por una explosión capaz de hacer pedazos un tanque pesado, cuanto más un automóvil corriente.

—Les voy a dar una buena cuando les ponga la mano encima —masculló, mientras se aplicaba a desconectar los cables que unían el explosivo con el contacto eléctrico de su coche.

Estaba un poco cansado y sentíase con los nervios de punta. Había sido un día bastante ajetreado, porque había hecho algo más que hablar con Beryl MacKiffer y un asesino llamado Calhoun. Subió a su coche, regresó a su apartamento y llenó la bañera con agua caliente.

Una hora más tarde, completamente relajado, dormía como un leño.

CAPÍTULO VII

Le despertó por la mañana el persistente timbre del teléfono. El irritante sonido atravesó las brumas del sueño y llegó hasta el cerebro.

Lánguidamente, alargó la mano y atrajo el aparato hasta su oreja.

—Ogden —dijo, entre bostezo y bostezo.

—¡Hola, perezoso! —sonó, alegre, la voz de Amy—. ¿Todavía en la cama?

—Y tú, ¿ya estás levantada?

—Acabo de salir del baño, fresca como una rosa, dispuesta a gozar del hermoso día que hace, cuando ya se acaba la gloriosa primavera y se inicia el ardiente verano. Conozco un lugar en donde se puede disfrutar de todos esos bienes que nos concede el Señor a los humildes mortales. ¿Te atreves a hacerlo conmigo?

Ogden se sentó en la cama.

—¿Dónde está eso, Amy?

—En el West city Park. Hay, incluso un lago, donde alquilan canoas. Podríamos pasear un rato, ¿no te parece?

—No soy un buen remero. Una vez perdí la regata... yo remaba con Cambridge y Oxford nos ganó por ciento cincuenta o sesenta largos...

Amy lanzó una alegre carcajada.

—Eres un estupendo embustero, pero no importa. ¿Treinta minutos, en la entrada sur?

—De acuerdo —accedió él.

Cuando llegó al parque, vio a una hermosa muchacha, ataviada con un traje de color rosa, con pamelas y sombrilla a juego. Ogden, una vez más, se quedó con la boca abierta.

—¿Eres tú o estoy soñando? —preguntó.

Amy, halagada, se echó a reír.

—Soy La Fría, aunque ahora no lo parezca. Anda, vamos a alquilar la canoa; así podremos pasear por el centro del lago sin temor a ser escuchados por oídos indiscretos.

—Por lo visto, tienes que decirme algo importante.

—No es gran cosa, pero hoy me sentía llena de optimismo, con ansias de disfrutar de este tiempo tan espléndido... Con él no podría haberlo hecho, Thor.

—El... Sin duda te refieres a Pegger...

Amy se puso seria un instante y asintió con leve movimiento. Luego volvió a sonreír.

—Sí, de él quería hablarte —admitió.

Minutos más tarde, Ogden empuñaba los remos. El lago, aunque relativamente pequeño, ofrecía un aspecto realmente encantador, bordeado de frondosos árboles en todos sus con tornos. Había media docena de canoas más, todas ellas ocupadas por lo que, sin duda, eran

parejas de enamorados.

Pero «la más bella de todas era Amy», pensó Ogden, al contemplarla, ligeramente recostada en el asiento de popa, con la sombrilla extendida sobre su cabeza y el rostro sonriente y rebosante de vitalidad.

—Anoche te costó reconocirme —dijo ella, pasados unos momentos.

—Un poco —convino Ogden—. La verdad era que no esperaba verte con Pegger... ¿Cómo lo conseguiste?

—Oh, haciéndome la encontradiza, cuando él salía de su oficina... Tropezamos, se me cayó el bolso, él me ayudó a recogerlo, dio mil disculpas... En fin, ya sabes cómo empiezan esas cosas, Thor.

—Después, te invitó a cenar.

—Eso fue al día siguiente. Yo me sentí muy decepcionada, porque no estaba en el sitio donde lo había dejado... Pegger, muy galante, se ofreció a acompañarme a la comisaría para denunciar el robo...

—¿Te lo robaron de veras?

Amy soltó una risita.

—Lo hizo un buen amigo, por encargo mío. Ayer «apareció», lógicamente poco antes de reunirnos para la cena y así se lo hice saber. Pegger echó pestes de los adolescentes sin ley ni freno, que quieren divertirse a costa de los demás...

—Eres lista, chica. ¿Conseguiste algo anoche?

Amy hizo un gesto de ofendida dignidad.

—¿Quién te has creído que soy? —respondió—. ¿Acaso piensas que soy una chica a la que cualquiera puede llevar a su apartamento sin más que proponérselo?

—Vamos, lo que tú quieres es excitar su afán de conquista.

—Justamente, Thor.

—Y... ¿caerá en tus redes?

—Si el pez no pica el anzuelo, es que el cebo no le resulta apetitoso. ¿Qué opinas tú del cebo?

—¿Puedo hablar con franqueza?

—Te lo agradeceré.

—Amy, te invito a pasar conmigo el próximo fin de semana.

Ella le miró un instante, sorprendida. Luego, comprendiendo el sentido de la frase, se echó a reír.

—Ese fin de semana llegará algún día —contestó—, Pero no ahora, naturalmente.

Ogden suspiró.

—Me resignaré a esta especie de expulsión del paraíso terrenal.

—¡Pero si no has entrado en él todavía!

—Verte a ti y escuchar tus palabras de rechazo, es tanto como ser expulsado del paraíso, Amy.

—Eres un muchacho encantador y todo lo que dices me gusta muchísimo —contestó ella sonriendo—. Pero... ya sabes por qué me llaman Fría.

—Algún día dejarás de serlo.

—Lo dudo mucho. Hay cosas que una no puede borrar de la mente, por más que se esfuerce en ello.

—Es que necesitas que alguien te ayude, y ese alguien llegará en el momento que menos lo esperes —vaticinó Ogden—. Y ahora, si te parece, hablemos de lo nuestro. Pegger, supongo, no te ha reconocido.

—En absoluto.

—¿Qué nombre usas cuando estás con él?

—Edwina Fuller, diseñadora de modas.

—¡Atiza! —se asombró el joven—. Nada menos que...

—Aunque no lo creas, tengo buena mano para esa clase de trabajo. Y si no me crees, ¿quién piensas que diseñó el vestido que llevaba anoche? ¿Sabes?, cuando íbamos a salir del restaurante, se me acercó un distinguido caballero, que dijo ser propietario de un taller de modas. Me preguntó por el autor del vestido y cuando le dije que era yo, me propuso contratarme de inmediato para su taller. ¿Qué te parece?

Ogden meneó la cabeza.

—Y teniendo esas cualidades, ¿te dedicabas a robar carteras?

Los ojos de Amy emitieron un breve destello de ira.

—Algún día te lo explicaré —repuso secamente.

—Lo siento, no quise herirte. Y si no me lo cuentas, tampoco te lo exigiré. Harto sé que has padecido mucho y lo que más me gustarla en este mundo es conseguir que lo olvidases todo.

—Gracias, Thor. Eres muy bueno... Y tú, ¿qué conseguiste ayer?

—Pues... hice bastantes cosas: visité a Beryl MacKiffer y obtuve de sus labios detalles muy interesantes, sobre su vida particular. Luego, y sin falsa modestia, me di cuenta de que pretendía conquistarme y huí cobardemente de su casa.

—¿Huir tú... de una mujer hermosa?

—Tenía trabajo y no se podía compaginar con el placer —gruñó Ogden.

—Sí, a veces ocurre. ¿Qué pasó después?

—Fui a visitar al asesino de Sawson. Encontré un completo arsenal en su casa. Luego él me sorprendió y quiso matarme.

—No lo consiguió, parece.

—Estuve, y no miento, a un segundo de la muerte por dos veces, además. Pero el muerto fue Calhoun.

El semblante de Amy se oscureció.

—¿Tuviste que matarlo?

—No era ésa mi intención, pero le pegué una patada en la mano

armada cuando iba a disparar contra mí; el revólver se desvió, disparándose contra su pecho...

—Me alegro infinito que estés vivo. ¿Cuál fue la segunda ocasión?

—Después de cenar. Me habían puesto en el coche tres cartuchos de dinamita.

—¡Cielos! —se aterroró la muchacha—. ¿Hablas en serio? —Estoy vivo porque vi al autor justo cuando bajaba la tapa del motor de mi coche. El no se dio cuenta de que yo le había visto ni tampoco se fijó en que grababa la matrícula de su automóvil en mi memoria.

—Entonces, sabes quién es...

Ogden asintió.

—Iré a hablar con él en otro momento, pero hoy, sin falta, claro —respondió.

—Me gustaría acompañarte...

—Este no es asunto tuyo, Amy.

—A pesar de todo, deja que vaya contigo —insistió la chica.

—Me lo pensaré —dijo él, eludiendo una respuesta concreta—, Pero aún hay más.

—¿Sí? —exclamó ella ávidamente.

—Ya no habrá matanza. Todos los asesinos han sido detenidos y puestos a buen recaudo.

—Entonces, pronto encontrarán a míster Johnson...

—Eso ya será más difícil. Calhoun dijo que iba muy bien disfrazado y que incluso había alterado el tono de su voz. De todas formas, la policía sigue interrogando a los prisioneros. Son cuatro, aparte de Calhoun, que ya ha muerto y, ¿sabes cuántos asesinatos han cometido en total?

—No. no me lo digas. Siento frío sólo de pensarlo... —Una media de seis por cabeza.

—Treinta muertes —murmuró ella—. ¿Podrán probárselo, Thor?

—La mayoría, por no decir todos, usaron armas de fuego. Los proyectiles hallados en los cuerpos de las víctimas servirán para las oportunas comprobaciones balísticas. Eso les perderá, indudablemente.

—Y míster Johnson se habrá quedado sin el bonito negocio que pensaba hacer —dijo Amy.

—A pesar de todo ha muerto una de las víctimas que señaló: Thomas R. Sawson. Cuando lo encuentren, tendrán que responder de sus crímenes.

—Sí, desde luego. Y ahora, Thor, ¿podemos hablar de otra cosa?

—Por supuesto, preciosidad. ¿Qué tema vamos a tocar ahora?

—Tú.

—¿Yo? soy un hombre corriente...

—A los hombres corrientes no los tirotean en plena calle ni les

ponen dinamita en el automóvil —alegó la joven—. Esos incidentes, ¿están relacionados con el asunto que nos traemos entre manos?

—Pues...

De pronto, Amy lanzó un pequeño grito:

—¡Caramba, vaya moscardón! Volaba a tanta velocidad, que me ha abierto un agujero en la sombrilla.

Ogden dirigió la vista hacia el punto indicado por la muchacha y vio el agujero en la seda color rosa. Casi en el mismo instante, captó el chorrito de agua que surgía de la superficie del lago, a menos de un palmo del costado de la canoa.

Se oyó un golpe seco. Algo abrió un agujero en la navecilla, por debajo de la línea de floración, y el agua empezó a entrar inmediatamente. Entonces fue cuando Ogden se dio cuenta cabal de lo que sucedía.

No había tiempo para explicaciones. Poniéndose en pie, ejecutó un violento movimiento y consiguió volcar la canoa. Con un agudo grito, más de rabia que de susto, Amy se zambulló a la fuerza en las aguas del lago.

* * *

La muchacha emergió a poco, sin la pabela y con el cabello chorreante y pegado a las sienes. Ogden también había vuelto a la superficie y ella le dirigió una furibunda mirada, a la vez que empezaba a nadar hacia la orilla.

—¿Te has vuelto loco? ¿Por qué diablos has volcado la canoa, maldito estúpido? ¿Acaso querías reírte a mi costa?

Ogden alargó la mano y la retuvo por un brazo.

—Calla, tonta —exclamó—. Quédate aquí, junto a la canoa, que nos oculta a la vista del tipo que nos ha tiroteado.

Si asomamos fuera de este parapeto, volverá a disparar y podría mejorar la puntería.

Amy, pasmada, abrió la boca.

—¿Hablas en serio, Thor?

—Los abejorros, por muy rápidos que vuelen, no son capaces de abrir agujeros en la seda de la sombrilla ni en el costado de una canoa —contestó él malhumoradamente.

—Pero... no he oído los disparos...

—Existen unos aparatitos muy útiles, llamados silenciadores. Por fortuna para nosotros, el asesino, calculo, estaba a más de doscientos metros, y eso siempre, a menos que sea un tirador excepcional, siempre influye en la puntería.

—Sí, comprendo... pero ¿qué haremos nosotros ahora?

Ogden movió la cabeza a un lado.

—Alguien viene a socorrernos —dijo—. Seguramente, se tratará del encargado del alquiler de las canoas y me pondrá verde, creyendo

que se trata de una broma de mal gusto.

—Le diremos lo que ha pasado...

—No, mejor será que dejemos que crea lo de la broma. Pagaré una multa o algo por el estilo y cuando él descubra el agujero de bala, nosotros ya estaremos lejos de aquí.

Agarrada a la canoa con ambas manos, Amy fijó la vista en el bote que se acercaba con un par de hombres a bordo, rematando con furia. De pronto, se echó a llorar.

—Mi vestido nuevo... Era de organdí crudo y ahora se encogerá y no servirá ya para nada... Yo quería llevarlo puesto a mediodía, para entrevistarme con el señor Robinson...

Ogden trató de dominarse, para no reír, al ver el aspecto de cómica aflicción que ofrecía la muchacha, pero también comprendió que el sentimiento de Amy era sincero y trató de consolarla.

—No te preocupes; quedarán muchos días para que puedas enseñar tus modelos al señor Robinson. El dueño del taller de modas, supongo.

—Sí... —contestó ella con un hilo de voz.

—En cambio, a mí no me quedan tantos días. Ni uno solo me falta para que vaya a visitar a Flip Walters —dijo él con dureza en la voz.

—¿Quién es ese individuo? —preguntó Amy, momentáneamente olvidada de su problema.

—El tipo que me puso la dinamita en el coche.

CAPÍTULO VIII

—He hablado con el señor Robinson —manifestó Amy el mismo día por la tarde.

—¿Ah, sí? ¿Qué te ha dicho? —quiso saber Ogden, sin mirarla, ya que debía estar atento a la conducción del coche en que viajaban ambos.

—Ha dicho que no me preocupe, que le envíe el diseño previo que hice y que lo reproducirán en su taller. Luego haré una prueba yo misma y...

—Felicidades. Acabarás siendo una famosa diseñadora.

—Gracias. A propósito, Robinson me pagará quinientos dólares por el modelo que lucía anoche cuando fui a cenar con Pegger.

—No está mal —aprobó Ogden—. Dentro de nada, veremos tu nombre en los títulos de crédito de las películas. Vestuario: Amy Brixton. Vestirás a las estrellas más célebres, te codearás con los astros del momento, alguno de ellos te conquistará, te casarás con él...

—Sí, y a los seis meses, ya nos habremos divorciado. Gracias, pero no me gusta el panorama.

—Te gusta más «afanar» carteras, ¿eh?

—Yo me refería al asunto del matrimonio, tonto. Quiero que el mío sea para toda la vida.

—A veces, no resulta...

—Si se intenta, se consigue.

—Amy, para casarte, tendrás que superar cierto trauma que no es necesario mencionar. ¿Podrás...?

Ella cerró los ojos.

—No lo sé —contestó—. Desde entonces, he rehuido todo contacto físico con los hombres. Sabes cuál es mi apodo y sabes también que está plenamente justificado. Lo creas o no, después de lo que me pasó, tú eres el primero a quien he besado.

—No lo hiciste mal —sonrió Ogden

—Era un beso de entrenamiento. No sé qué habría pasado si hubiera sido real. Creo que... no habría podido soportarlo...

—Demonios, a mí me pusiste al borde del estallido. Si aquel beso era algo fingido, ¿qué será cuando lo hagas en la realidad?

—Es posible que no lo sepas nunca, porque creo que, excepto para el trabajo que he de hacer, no podré besar jamás ni sufrir el menor contacto físico de un hombre. No lo tomes a mal, Thor; es algo superior a mis fuerzas, y si no fuese por vengar la canallada que me hizo, y otras que ha hecho también a más mujeres, no me acercaría a él ni por todo el oro del mundo.

Ogden le dio una palmada en la rodilla.

—Algún día surgirá el hombre de tu vida. Lo verás, sentirás una especie de flechazo y te olvidarás de todo, y querrás ser plenamente

suya, sin restricciones y dejando atrás tus inhibiciones. Eres joven, estás en la flor de la vida y esto es algo muy fuerte... tan fuerte e irrefrenable como la savia que vuelve a circular en los árboles cuando llega la primavera.

—¿Tú crees? —preguntó ella con voz temblorosa.

—Será así, no lo dudes —aseguró el joven rotundamente.

Amy guardó silencio unos instantes.

Luego dijo:

—Si pudiera borrar de mi mente aquellas horas tan espantosas...

—No lo has intentado y por eso sigues obsesionada con lo que te pasó. Cuando hayamos terminado con Pegger, yo me encargaré de buscar los medios para que lo olvides todo.

—¿Cómo, Thor?

—No lo sé; ya pensaré en algo... Y ahora, voy a dejar ese problema de lado, porque ya estamos llegando a la casa donde vive el dinamitero.

—¿Walters?

—El mismo, preciosa.

Ogden arrimó el coche a la acera y se apeó. Amy lo hizo por el otro lado.

—Tengo una pistola —dijo en voz baja.

—Ni se te ocurra utilizarla —prohibió él, tajante—. Podríamos vernos en un serio aprieto y me interesa la discreción sobre todo.

—Está bien, como digas, Thor.

Entraron en la casa, de varios pisos y sin ascensor. Era un edificio viejo, descuidado y al poner el pie en el primer peldaño, Ogden temió que se hundiera la escalera.

Una puerta se abrió y una mujer de cierta edad, legañosa y con el pelo canoso alborotado les miró con curiosidad. Amy hizo un gesto de repugnancia.

—Parecía una bruja —murmuró.

Ogden aspiró fuerte.

—Sí, y el olor que se percibe procede de la olla donde esa mujer está cociendo media docena de sapos, doscientos gramos de arañas, un par de culebras.,.

—Thor, por lo que más quieras, no martirices mi estómago —suplicó ella.

El joven se echó a reír.

—Pues de ese cocimiento puede salir un filtro de amor estupendo —contestó.

—¡Aaaagggh,..., qué asco! Yo no lo bebería...

—Deja de pensar en la olla mágica; ya hemos llegado —dijo Ogden, a la vez que se detenía ante una puerta.

Al otro lado se oía la voz de un hombre. Parecía hablar solo

consigo mismo, pero era evidente que sostenía una conversación por teléfono con otra persona.

Ogden se dio cuenta de ello rápidamente e hizo un gesto a la muchacha para que guardase silencio. Sacó sus ganzúas, probó un par de ellas y, tras encontrar la apropiada, abrió la puerta sin hacer el menor ruido.

La voz del ocupante del apartamento llegó ahora hasta ellos con toda nitidez:

—Está bien, sí, lo sé; he fallado, pero no toda la culpa es mía, demonios. Tú me llevaste allí cinco minutos tarde y eso fue suficiente para que el tipo me viera y desarmase la bomba... Bueno, bueno, como quieras... Volveremos a intentarlo, pero te costará mil... ¿Cómo? ¿Que no piensas pagar un céntimo más por la faena? Mira, cada vez que hago un trabajo de esta clase, cobro mi tarifa... Repito que el fallo no fue culpa mía, así que ráscate el bolsillo... porque sé que tienes prisa y no encontrarás otro en Clarendon... Ah, y te pido solamente la mitad, teniendo en cuenta que se trata del mismo personaje... Conforme; ya me procuraré el explosivo y te avisaré cuando esté listo...

Flip Walters colgó el teléfono de un manotazo y sacó un pañuelo para secarse el abundante sudor que corría por su frente. Entonces fue cuando se dio cuenta de que no estaba solo.

* * *

Era un individuo más bien menudo, de pecho hundido y ojos ratoniles. Al volverse, divisó a la pareja y dio un tremendo respingo de sorpresa.

Casi en el acto, echó mano al interior de la chaqueta. Ogden le asestó un tremendo revés en la cara, lanzándolo al suelo. Inmediatamente, se arrojó sobre él y, antes de que se recuperase, le quitó un revólver que puso en manos de la muchacha.

—¿Quiénes son ustedes? —chilló Walters desde el suelo— ¿Por qué diablos me ha pegado?

Ogden apoyó el tacón de su zapato en la entrepierna del sujeto.

—Será mejor que hables o te emascularé. ¿Sabes lo que significa eso?

—No, y no me importa...

—Emascular significa castrar, pero no siempre es necesario el cuchillo para dejar a un individuo convertido en un eunuco. Una contusión, o si lo prefieres, una buena patada, puede poner a un tipo en condiciones de no propagar la especie humana.

Desde el suelo, Walters miró al hombre que le hablaba de aquella manera y se puso pálido de miedo.

—Usted no haría eso conmigo, ¿verdad?

—Al menos, seguir las vivo, aunque sin poder disfrutar de uno de

los principales placeres de la existencia. Pero lo que tú pretendes hacer conmigo era privarme de «todos» los placeres. ¿No me has reconocido todavía?

—No sé quién es usted...

—Hace unos momentos estabas hablando con alguien acerca de un fallo en la colocación de unos explosivos en un automóvil. Yo soy el sueño del coche.

—¡Usted!

—En efecto.

—Pero ¿cómo diablos me ha encontrado...? No me conocía, no nos habíamos visto nunca...

—Tengo buena memoria para las matrículas de los automóviles ajenos.

—Maldita sea... Con las prisas, se me olvidó cambiarla...

Ogden se echó a reír, a la vez que se volvía hacia la muchacha.

—Alguien dijo una vez que los policías pueden cometer mil errores, pero el criminal no puede permitirse ninguno, aquí tienes un perfecto ejemplar de un asesino que cometió un único error, querida.

—Da asco —contestó Amy.

—Sí, cuando salgamos de aquí, tendré que comprarme unos zapatos nuevos —dijo el joven mordazmente—. Bien, Flip, ¿hablamos?

Walters se dio cuenta de que el hombre que le tenía sujeto al suelo estaba dispuesto a todo.

—¿Qué quiere que le diga? —preguntó.

—El nombre y la dirección del tipo con el que hablaba por teléfono y al que dejaste al volante de tu coche, mientras colocabas la dinamita en el mío. Alguien te pagó dos mil dólares por el trabajo y te dará otros mil más por repetirlo, darnos, habla, Flip, y así evitarás pasar a la historia con el nombre del dinamitero asexual.

—Eres muy pedante, Thor —dijo la muchacha. ¿No podrías decírselo de otro modo?

—Es que no quiero herir tus delicados oídos con palabrotas...

—Estoy acostumbrada, no te preocupes. Pero si yo estuviera en tu lugar, le cortaría los dos pulgares. Los pulgares permitieron al hombre abandonar la postura cuadrúpeda, erguirse y llegar a engendrar sujetos como Flip Walters. Excepto los simios, ningún otro animal posee pulgares opuestos y ello ha sido el origen de la actual civilización. Al menos, eso es lo que dicen los antropólogos.

—Eres una enciclopedia con faldas —elogió él—. Pues mira, no sería mala idea cortarles los pulgares...

—He traído un bisturí, Thor —dijo Amy.

—¡Por todos los diablos! —chilló Walters—. ¿No les he dicho que quiero hablar?

—Ah, ya era hora de que lo hicieses con claridad. Vamos, suéltalo

—pidió Ogden.

—El me contrató. Se llama Ritch Long y vive en Parrow Lane, mil cuatrocientos catorce. Me llamó, me dio los dos mil dólares y... Bueno, eso es todo —concluyó Walters de mala gana.

—No, no es todo, Flip. Long tuvo que decirte algo mas, tuvo que darte explicaciones de los motivos por los que querías hacerme picadillo y no precisamente para hamburguesas. Dímelo y te prometo dejarte en paz, ¿entendido?

—Lo siento. Long no me dijo nada más.

—Pero a él le contrataría alguien...

—¿Por qué no van a preguntárselo? —contestó Walters malhumoradamente—. Yo ya les he dicho todo lo que sé y aunque me hagan trizas, no por eso añadiré una sola palabra más.

—El tipo parece sincero, Thor —intervino Amy.

—Sí, creo que ya lo ha dicho todo.

Ogden se retiró un par de pasos y Walters se puso en pie, sólo para encontrarse con un puño que avanzaba raudo hacia su mentón. El sujeto cayó como un plomo.

—Amy, registra bien la casa —ordenó el joven—. Si encuentras dinero, quédatelo; no le dejes un solo centavo.

—¿Hemos venido a robar?

—Al menos, el precio de mi vida puede servir para que te compres más vestidos.

—No está mal pensado, Thor.

Ogden cargó con el desvanecido sujeto y lo llevó a un maloliente dormitorio, en donde se entregó a la labor de dejarlo atado. Cuando terminaba, Amy se asomó a la puerta y enseñó un fajo de billetes.

—Aún no se ha gastado un solo centavo —dijo—. Además, tenía doscientos y pico suyos...

—No le dejes siquiera para un sello de correos.

—Ni la calderilla le quedará —rió la chica,

Ogden concluyó la tarea. Amy se admiró de la forma en que lo había hecho.

—Parece, literalmente, una momia.

—Quiero que esté aquí, por lo menos, veinticuatro horas. Si yo fuese otro, le habría retorcido el cuello como a un pollito... y se lo hubiera tenido bien merecido. Ya vendré a soltarle en otro momento.

—Como quieras. Toma, el dinero...

Ogden rechazó el ofrecimiento de la muchacha.

—Quédatelo he dicho antes —dijo—. Considéralo como un extra de la cuenta de gastos.

—Gracias, generoso señor —contestó ella, haciendo una reverencia cortesana—. Tu indigna esclava se siente grandemente reconocida por el favor que me has dispensado...

—No eres indigna y, por mi desgracia, tampoco mi esclava. De lo contrario...

—Cuidado con lo que ibas a decir. En ese aspecto, es como si hablastes con una pared, ¿lo entiendes?

—Algún día caerá esa pared —vaticinó con sorna—. ¿Vamos?

Cuando estaban a mitad de la escalera, se tropezaron con una mujer de unos treinta y tantos años, rubia teñida, pechugona, muy pintada y con un aspecto inconfundible, que les detuvo en un rellano.

—Perdonen... Voy al apartamento de Flip Walters. ¿Pueden decirme cuál es? Si lo saben, claro...

—¿Ha dicho Walters, señora? —contestó el joven—. Temo que ha perdido el tiempo. Flip se ha ido de viaje.

—¡No es posible! —se asombró la mujer—. Pero ¡si no hace más de dos horas que he hablado con él y me ha dicho que me esperaría...!

—Lo siento. Si quiere subir y comprobarlo, es el 3 E, pero se hartará de llamar a la puerta, sin que le contesten, como nosotros. Yo también estaba citado con él y me encontré una nota que me decía se marchaba a Honolulu. No sé qué tendrá allí, para irse con tanta urgencia, pero es la pura verdad.

La rubia acabó por encogerse de hombros.

—No me tomará el pelo otra vez —dijo, colérica—. Que se vaya al diablo...

Ogden y Amy continuaron el descenso. Momentos más tarde, se encontraban a bordo del coche del joven.

CAPÍTULO IX

De pronto, Amy se echó a reír.

—¿Se habrá creído esa rubia gorda y tetuda que Flip se ha largado a las Hawái?

—Ya lo has visto —contestó él—. Pero ¿me permites una crítica, Amy?

—Sí, desde luego.

—¿Por qué, a veces, sueltas palabrotas que yo no me atrevo a emplear, al menos en tu presencia?

—Dispensa, se me escapó sin querer...

—Ahora irás a decirme que se te contagió cuando decidiste unirme al hampa, ¿verdad?

—Pues algo hay de verdad en lo que dices, pero si piensas llevar la conversación de modo que te diga por qué me dedicaba a «afanar» billeteras, estás muy equivocado, porque no pienso decírtelo.

—¿Jamás?

Amy titubeó.

—Bueno, hoy no..., Thor, ¿sabes lo que pienso de ti?

—Algo nada bueno, seguro.

—No, no, no pienso lo que piensas que pienso.

—Amy, déjate de juegos de palabras y habla de una vez —gruñó Ogden.

—Se dice que en el ejército hay especialistas en interrogar a los prisioneros y que les sacan todo lo que quieren, sin necesidad de tocarles al pelo de la ropa. Tú pareces uno de ellos; hablas y hablas y hablas, y envuelves la gente con tu palabrería y, al fin, acaban soltando todo lo que saben.

—Eso no habría funcionado con Flip, nena.

—Había urgencia y no estabas en un lugar protegido. Pero a mí, por poco me haces decir que si me dediqué a robar billeteras, fue porque...

Amy se interrumpió bruscamente y dio un puñetazo sobre la repisa del coche.

No quiero —gritó, muy excitada, dándose cuenta de la sonrisa de ironía que había en los labios del joven—. No quiero decírtelo...

—Está bien, no te irrites —dijo Ogden—. Cambiaremos el tema de la conversación o callaremos, como prefieras.

Ella se recostó en el asiento y hurgó en su bolso. Momentos después, encendía un cigarrillo.

—Perdona —dijo momentos más tarde, más tranquila—. He perdido el control de mí misma, y es porque recuerdo...

—No recuerdes, Amy. Olvida —aconsejó él.

—Es muy difícil —se quejó la muchacha.

—Inténtalo. Si no te esfuerzas en superar el trauma, y tienes que

conseguirlo por tu propio esfuerzo, serás una mujer desgraciada durante el resto de tus días... y tienes una vida muy larga delante de ti. Merece la pena volver a ser feliz.

—Lo intentaré... pero ¡me cuesta tanto!

—Hay pocas cosas fáciles en este mundo, pero cuando se alcanza el éxito, resulta más agradable si se ha trabajado mucho por conseguirlo.

—Tienes un pico de oro —dijo Amy, admirada—. Y, a propósito, ¿este trabajito tuyo tiene algo que ver con el contraespionaje?

—¿Por qué dices eso?

—Si estuvieras fuera del país, sería espionaje. Como estamos en casa, he pronunciado la palabra exacta, creo.

—Algo hay de lo que dices aunque, por el momento, no puedo ser más explícito. Ya lo sabrás todo algún día.

—Cuando haya conseguido la llave de Pegger.

—Di más bien cuando le hayamos vaciado la caja fuerte y tengamos su contenido en seguridad.

—Sabré tener paciencia. Thor, perdona, pero me parece que éste no es el camino para ir a Parrow Lane —objetó ella de pronto.

—Lo sé. Sin embargo, aguardaremos a la noche. Quiero sorprenderle y es todavía una hora muy temprana. Parrow Lane no es precisamente la calle donde vive Walters.

—Es un barrio de nivel de vida más alto.

—Por eso mismo, iremos a la hora de la cena, cuando todo el mundo está en sus casas. ¿Te parece bien?

—Sí, pero ¿qué haremos mientras tanto?

—¿No has vuelto a citarte con Pegger?

—Dijo que mañana me invitaría a cenar, pero que, de todas formas, confirmaría la invitación por la mañana.

—Aceptarás, claro.

Amy inspiró profundamente.

—Espero conseguir la llave en la próxima entrevista —respondió.

* * *

Ritch Long llamó a la puerta y frunció el ceño al darse cuenta de que no le contestaba nadie. Después de repetir la llamada, empezó a preguntarse por los motivos del silencio de Walters.

De pronto, se le ocurrió probar el pomo de la puerta y vio que no estaba cerrada con llave. Empujó un poco y asomó la cabeza.

—Flip —llamó a media voz.

El silencio continuaba. Terriblemente intrigado, Long entró, cerró la puerta y atravesó el apartamento, para detenerse bruscamente en el umbral del dormitorio.

Walters estaba sobre la cama, atado y amordazado de tal manera, que le resultaba absolutamente imposible moverse. No sólo tenía

atados los brazos y las piernas, sino que había sido sujetado también a la cama, por un par de largas tiras de tela, hechas con sábanas rasgadas. La cama era de tipo antiguo, con barrotes de hierro y remates de bolas de metal dorado. Otra cuerda pasaba por su cuello y estaba sujeta a uno de los barrotes, de tal modo que ni siquiera se atrevía a mover la cabeza, temeroso de estrangularse él mismo.

Al cabo de unos momentos, Long consiguió recobrarse de la sorpresa recibida. Era evidente que alguien había atacado a Walters, pero «¿quién y por qué?», se preguntó.

Recordando el fracaso de volar el coche de Ogden, pensó que tal vez había sido la misma víctima el autor del ataque a su compinche. Walters le miró suplicantemente, en silencio, impedido de hablar por la mordaza que le tapaba la boca.

—¿Ha sido «él»? —preguntó Long.

Walters contestó con un parpadeo de asentimiento. Long emitió una maldición.

—Y le has dicho quién soy yo y dónde vivo, ¿verdad?

Los ojos de Walters expresaron ahora temor. Long supo que su segunda pregunta había dado en el blanco.

—No te preocupes —sonrió—. Ahora te desataré y me lo contarás todo...

Acercándose a la cama, tanteó la tira de tela que sujetaba a Walters por el cuello. Era fuerte, sólida, y estaba muy bien atada.

Inclinándose, soltó las ligaduras de la cama. Luego pasó a los pies del lecho.

Súbitamente, metió las manos entre los barrotes, asió con fuerza los tobillos de Walters y tiró hacia sí con su potencia muscular.

Walters se convulsionó horriblemente cuando el lazo se apretó en torno a su cuello. Para ejercer mayor presión, Long apoyó un pie en la cama y echó el torso hacia atrás.

Las sacudidas del cuerpo de Walters le llegaban, transmitidas por los tobillos agarrados con las manos, pero se mantuvo firme, sin ceder un solo instante. Poco después, notó que los movimientos del sujeto se hacían más débiles.

Al fin, Walters se quedó inmóvil.

Cuando estuvo seguro de que había muerto, Long lo soltó y se limpió el sudor con la manga de la chaqueta.

—Tendré que hacerlo yo, maldita sea... ¡y esta vez no fallaré! —dijo rabiosamente.

Estaba seguro de que Ogden andaba buscándole y tenía que encontrarle el primero. Si sucedía al revés, podía darse por perdido.

* * *

—Esto no es un cuchitril —murmuró Amy al oído del joven.

—El nivel de vida de Long es mucho más elevado que el de

Walters, evidentemente —contestó Ogden, al apreciar la elegancia del vestíbulo de la casa en la que se disponían a entrar.

Los comentarios de los dos jóvenes se vieron corroborados por el ademán que hizo un atildado conserje, detrás de su mostrador.

—Perdonen los señores, pero... ¿puedo preguntarles a qué apartamento se dirigen?

—Buscamos al señor Long —dijo Ogden—. Somos amigos suyos y...

—Lo siento; el señor Long salió hará cosa de un cuarto de hora.

—¿Seguro?

El conserje, indignado, se irguió:

—¿Tengo cara de mentiroso? —preguntó belicosamente.

—Oh, perdone, no quise ofenderle —se apresuró Ogden a disculparse—. Fue... Bueno, es lo que se dice sin pensarlo... Pero teníamos tanto interés en hablar con él...

—Repito que lo lamento, pero no está en casa.

—Salió a ver a un hombre llamado Walters —se oyó de pronto la voz de una mujer detrás del conserje.

Este se volvió en el acto.

—¿Cómo lo sabes, Molly?

—Se lo oí yo en persona —contestó la que, indudablemente, era esposa del conserje—. Estaba limpiándole el apartamento y le vi que quería hablar por teléfono con alguien, pero no le contestaban. Entonces le oí decir, más o menos: «Este maldito Flip Walters... ¿Dónde diablos se habrá metido? Tendré que ir a buscarle a su casa...» Ya saben lo que pasa en estas ocasiones; a veces habla uno en voz alta sin darse cuenta...

Ogden cambió una mirada con la muchacha. Amy hizo un gesto de aquiescencia.

El joven sonrió.

—Walters es también amigo nuestro —mintió—. Gracias por sus informes, señora; ha sido usted muy amable. Si su marido me permite...

Metió la mano en el bolsillo, sacó un par de billetes y se los dio a la mujer.

—Cómprase unas flores. O si prefiere bombones...

La mujer echó un vistazo a los billetes y rió alegremente.

—Una vez comí flores y me sentaron mal. Desde entonces, prefiero los bombones —contestó.

Ogden sonrió también. Luego agarró el brazo de la muchacha y le empujó hacia la puerta.

—Vamos, aprisa —dijo en voz baja—. No podemos perder un minuto.

—¿Temes...?

—Sí, temo lo peor.

Ogden ya no dijo nada hasta que estuvieron en el coche. Una vez en marcha, emitió un juramento.

—Cuidado con las palabrotas —le reprochó ella—. Tú tampoco usas lo que se dice un lenguaje florido...

—Perdona, pero no he podido evitarlo. Estoy un poco nervioso, lo siento.

—Apuesto a que piensas que has cometido un gran error al no ir inmediatamente a la casa de Long.

—Sí, lo has adivinado.

—Thor, nadie es perfecto —dijo ella sentenciosamente.

—Lo sé, pero éste es un asunto en el que no se pueden cometer errores.

—Ahora ya está hecho y no se puede remediar. Tienes que afrontar las consecuencias..., pero ¿qué consecuencias?

—Amy, Long dijo que iba a ver a Walters. Cuando lo encuentre en su cama, atado como una momia, ¿qué piensas que hará?

Ella sintió un escalofrío.

—¿Crees que...?

Ogden movió la cabeza repetidas veces en sentido afirmativo.

—Si yo fuese Long, lo haría, porque adivinaría que Walters ha hablado.

—Pero es algo que tampoco tiene remedio. Si al menos lo hiciese antes de hablar...

—Hermosa, en esta clase de asuntos, los errores se pagan de una sola manera —contestó él significativamente.

—Según eso, tú tendrías que estar muerto —alegó la chica.

—Me refiero a sus errores, a los de «ellos». Aunque debo admitir que también a mí me puede pasar, si me equivoco.

—Eso no me gusta en absoluto, Thor. En tal caso, ¿por qué no abandonas el oficio?

—Estoy pensando muy seriamente en hacerlo. Pero no antes de terminar con el caso. Es ya cuestión de amor propio, ¿entiendes?

—El amor propio, a veces, conduce a la ruina de las personas.

—Tendré cuidado, es todo lo que puedo decirte.

Minutos más tarde se detenían ante la casa de Walters. Nuevamente vieron asomarse a la mujer de los ojos legañosos y el cabello despeinado.

—¿Habrán terminado ya de hervir los sapos, las arañas y las culebras? —dijo Amy a media voz, después de haber llegado al siguiente piso.

—A lo mejor es un filtro que hace perder las energías —contestó él sonriendo.

—Entonces, no lo pruebes.

—Por supuesto. Me contentaré con mirarte a la cara; no hay mejor filtro amoroso.

Amy se sintió muy sorprendida al oír aquellas palabras, pero no hizo el menor comentario. Ya llegaban al apartamento de Walters y se preparó para lo que iba a ocurrir a continuación.

CAPÍTULO X

El teléfono sonó en el apartamento de Ogden poco después de las once de la mañana.

—Confirmado —dijo ella—. Hoy cenaré con Pegger.

—Ten cuidado —aconsejó el joven.

—No te preocupes, Thor; seré Edwina Fuller en todos los sentidos. Además, me he entrenado infinidad de veces con los cierres de la cadena. Puedo hacerlo en cinco segundos escasos.

—Estupendo. ¿Cómo te sientes después de lo de anoche?

Hubo una pausa de silencio. Ogden se alarmó.

—Amy, ¿te ocurre algo?

—No —respondió la muchacha—. Pensaba en lo que vimos...

—Dije que te quedases en la puerta, pero no me hiciste caso. De ese modo, te habrías evitado ver un espectáculo nada agradable.

—Lo siento. Dispénsame, Thor.

—Bueno, olvídalo. Walters está muerto y no es cosa de lamentarlo, sobre todo, si se piensa que iba a repetir el trabajo con la dinamita. Comprenderás que no derrame lágrimas por su ausencia de este mundo.

—Tienes razón, pero... ¿cómo pudo Long hacer una cosa tan horrible?

—Como suele decirse, le serví la ocasión en la bandeja. No debería haberle puesto la cuerda en el cuello, pero quise asegurarme de que estaría veinticuatro horas sin moverse...

—Ese tal Long debe de ser un sádico, sin duda. ¿Por qué no acabó con él de un tiro?

—El estrangulamiento no hace ruido, hermosa.

—Y tiró de sus tobillos hasta que murió... No, prefiero no recordarlo, es demasiado horrible. Thor, ¿qué piensas hacer hoy?

—Me quedaré en casa todo el día. Estoy un poco cansado, Amy.

—Procura recuperar fuerzas —dijo ella cariñosamente—. Si puedo, te llamaré más tarde.

—Mira bien donde pisas —dijo él, como última recomendación, antes de colgar el teléfono.

Las horas fueron transcurriendo lentamente. Ogden permaneció todo el día en casa, incluso cuando llegó la noche. Alrededor de las ocho y media, sonó el teléfono.

Era Amy. En la voz de la joven había una indudable nota de satisfacción:

—Lo tengo en el bote, Thor —exclamó.

—Un momento —pidió él—. Si estás con Pegger, ¿cómo me hablas por teléfono sin que él lo sepa?

Ella soltó una risita.

—Acabamos de cenar y estoy en el lavabo, para empolvarme la

nariz, que es la excusa que emplean las damas cuando tienen que retirarse a este lugar tan reservado. No estamos en el restaurante que él suele frecuentar, sino en otro de más lujo, evidentemente, para impresionarme. Hay teléfono en los lavabos y...

—Comprendo. ¿Ha notado algo?

—Nada, en absoluto. Sigue creyendo que soy Edwina Fuller, diseñadora de modas. Oye, llevo un vestido precioso, amarillo pálido, decorosamente escotado, de manga corta... Parezco la dama de honor de una boda de campanillas...

—Estarás guapísima, sin duda alguna, pero... me parece notar en tu voz cierta euforia... ¿Cuántas copas te has tomado?

—Media de vino y una de champaña. No temas, no estoy bebida; pero me siento muy contenta, porque veo llegado, el fin, la hora del desquite.

—Amy, cuidado. No dejes que te ciegue el deseo de venganza. Mantén la cabeza fría.

—Quédate tranquilo y aguarda mi llamada. Aunque sea al amanecer, te llamaré y tendrás buenas noticias. Tú sigues en casa, claro.

—No pienso moverme. Espero una visita, Amy, aunque no sé cuándo llegará.

—Si es una mujer, será impuntual, como todas —rió ella., antes de colgar el teléfono.

Ogden encendió un cigarrillo. Sentíase un tanto aprensivo, aunque confió en que Amy supiese mantener la serenidad suficiente para que Pegger no pudiera descubrir la superchería.

Si adivinaba la verdadera identidad de la muchacha, haría algo horrible con ella...

La idea se le hizo repentinamente insoportable. «¿Estaré enamorado de Amy?», se preguntó, alarmado.

Procuró tranquilizarse y, aunque sentía deseos de tomar un trago, se abstuvo de beber, porque necesitaba conservar toda la calma cuando llegase la visita que esperaba.

* * *

La cerradura chasqueó levemente. Ritch Long tanteó el pomo y, satisfecho, comprobó que había sabido abrir sin hacer apenas ruido.

«El dueño de la casa ni se habría enterado», se dijo. Entró, pisando de puntillas, cerró con infinito cuidado y, puesto que no había luces, encendió una pequeña linterna.

La casa era de una sola planta. Más o menos, conocía la disposición interior y se imaginó dónde estaba el dormitorio del dueño. Momentos después, el haz luminoso de la lámpara iluminó el cuerpo de un hombre apaciblemente dormido en su lecho.

Long empuñaba una pistola con silenciador. El arma vomitó

cuatro pálidos fogonazos. Long observó complacido los impactos de las balas en el cobertor de la cama.

—Adiós, tipo listo —murmuró.

Dio media vuelta y se dispuso a salir de la casa. Repentinamente, se encendieron todas las luces.

Una voz sonó a sus espaldas:

—No te muevas, Ritch Long. Suelta la pistola o te abraso vivo.

El sujeto se estremeció.

—Está vivo —barbotó.

—Liquidaste a Flip Walters y me imaginé que vendrías a buscarme. Simplemente, me previne para tu visita —contestó Ogden.

—Tipo listo...

—En mi oficio, el que no es listo, no sobrevive mucho tiempo. Lo mismo que en el tuyo, ¿verdad?

—¿Piensa matarme por la espalda? —preguntó Long.

—Tal vez lo haga, Ritch.

—Tendría problemas...

—Ya los arreglaría, no te preocupes. En la parte de atrás, hay un hermoso jardín. Tengo también un pico, una pala, terrones con césped para trasplantar... Serías un buen abono, no lo dudes.

—Ogden, le propongo un trato —dijo Long.

—¿De veras?

—No se burle. Hablo en serio.

—Ritch, temo que no te das cuenta de tu situación. No estás en condiciones de proponer ningún trato, sino de contestar simplemente a las preguntas que te haga.

—Yo no soy un tipo blando como Flip —contestó Long despectivamente.

—Sigues sin darte cuenta de tu verdadera situación. Si intentas revolverte, tiraré a matar. Pero no me gustaría hacerlo, Prefiero obligarte a hablar.

—¿Tortura?

—¿Eres adivino del pensamiento? —se burló Ogden.

—Puedo aguantar más de lo que se imagina, Ogden.

—Pero, al final, acabarías por «cantar». ¿Por qué no me ahorras a mí tiempo y a ti dolores como no te puedes imaginar siquiera?

Long enderezó el cuerpo.

—¿Qué quieres saber? —preguntó.

—Ya era hora de que te dieras cuenta de que no ibas a ir a ninguna parte por ese camino. ¿Quién te ordenó que me liquidases?

—¿No se siente capaz de adivinarlo? —se asombró el sujeto.

—¿El? —dijo Ogden, asombrado.

—¿Podría hablar de otra persona?

—Es cierto, pero ¿cómo se ha enterado...?

Long se encogió de hombros.

—Alguien se lo diría, supongo.

De pronto, Ogden recordó un nombre.

—Un amigo de Svóngstrom, sin duda —dijo.

—Tal vez —contestó el otro ambiguamente.

—Muy bien. ¿Qué más puede decirme?

—Nada, ya lo sabe todo.

—Hombre, no seas así, no me tengas sobre ascuas... ¿Fuiste tú el que disparó contra nosotros, cuando estábamos en el lago?

—No estoy acostumbrado al rifle. Por eso fallé,

—La pistola se te da mejor, supongo.

—No lo hago mal del todo —contestó Long cínicamente.

—En cambio, tampoco sabes manejar los explosivos.

—Flip era un experto. Pero falló...

—Por tu culpa. Le hiciste llegar cinco minutos tarde. Flip no falló; fuiste tú el que se retrasó y por eso yo pude verle cuando cerraba la tapa del motor de mi coche.

—¿Cómo diablos supo dónde vivía, si no lo había visto nunca?

—El coche de Flip era una propiedad legítima y lo tenía debidamente registrado.

—Le dije que cambiase la matricula —exclamó Long rabiosamente.

—Pero no lo hizo. Además, le había visto la cara. Tarde o temprano, habría acabado por encontrarle. Long, ya hemos hablado bastante —dijo el joven de pronto.

—¿Qué piensa hacer conmigo?

—Un momento, olvidaba algo importante. ¿Cuánto tiempo ibas a ganar con este trabajo? Quiero decir, por eliminarme a mí.

—Veinticinco mil, pero yo tenía que correr con todos los gastos —respondió el sujeto.

—Walters te costó dos mil y tenías que darle mil más. Te habrían quedado limpios veintidós mil. ¿Crees que valgo tanto?

Long hizo un gesto de indiferencia.

—Pregúnteselo a él, ¿quiere?

—Sí, ya se lo preguntaré, descuida. Ahora contestaré a la pregunta que me has hecho antes: te ataré y alguien vendrá a buscarte, y luego pasarás un montón de años en el patio de un penal, meditando en lo caro que cuesta meterse en asuntos muy reservados del gobierno.

—¿Cree que me juzgarán y me condenarán?

—Eso es tan seguro como que el sol sale todas las mañanas.

—¡Para usted, no saldrá mañana! —gritó Long furiosamente, a la vez que, revolviéndose, daba un salto lateral.

La pistola vomitó un par de fegonazos. Long, asombrado, se dio

cuenta de que Ogden no estaba en el lugar donde había oído su voz hasta entonces.

Giró en sentido contrario. En el mismo instante, sintió un agudísimo dolor en el pecho, un poco más arriba de la hebilla del cinturón.

Sus ojos se enturbiaron. Vagamente, divisó al joven frente a él, con una pistola análoga a la suya en la mano. Intentó levantar el arma, pero, de repente, se había hecho enormemente pesada.

Aunque quería mantenerse en pie, no pudo evitar que se le doblaran las rodillas. La pistola se escapó de su mano y, tras arrojarse en el suelo, cayó de bruces sobre la alfombra.

Long se estremeció un poco. Luego se quedó quieto.

Ogden meneó la cabeza.

—No me diste otra opción —murmuró—. El patio de un penal es malo, pero hay más espacio que en una tumba.

El teléfono sonó en aquel instante. Guardó la pistola y pasó al salón.

—Ogden —dijo.

—Amy —sonó la voz de la muchacha de inmediato—. Querido, tengo dos dedos de la mano derecha en V. ¿Sabes lo que significa?

—Te felicito. ¿Resultó difícil?

—Menos de lo que esperaba. Pude soportarlo mejor de lo que había imaginado.

—Y... ¿qué más?

—¿Cómo?

—Pregunto si hubo algo más, Amy.

—No —respondió ella con voz tensa.

—Se extrañaría de verte marchar sin culminar la conquista.

Inesperadamente, Amy se echó a reír.

—Tuve que emplear un truco bastante bueno —dijo.

—A ver, explícate...

—No puedo, me da vergüenza.

—Mujer, soy de confianza. ¿O no?

—Bueno... Como no me estás viendo... En el momento culminante, le dije que iba un momento al baño. Luego me asomé... ¡y le pregunté si tenía tampones higiénicos! Tendrías que ver la cara que puso.

Ogden no se pudo contener y soltó una estentórea carcajada, a pesar de que, desde su posición, estaba viendo los pies del muerto.

—Eres única, Amy. ¿Qué dijo él?

—«Otro día será.» Yo dije que sí y ahí se acabó la fiesta, pero ya tenía la cadena en mi bolso y él la falsa en su sitio habitual.

—Estupendo. Mañana te llamaré y acordaremos el momento de emprender la expedición. Procura descansar.

—Sí, querido. Por cierto, esperabas una visita, creo...

Ogden volvió a contemplar los pies de Long.

—Ya se ha marchado —respondió con voz neutra.

Pero aún estaba allí y... «¿Cómo diablos me sacudo yo de encima este muerto?», pensó disgustadamente.

Amy volvió a hablarle:

—Thor, ¿era bonita? —preguntó.

Ogden procuró recuperarse.

—Como sé que te disgusta mencionar ciertos temas, no te contestaré —dijo.

—Era sólo curiosidad...

—Duerme tranquila, no era una mujer. Seguiremos hablando mañana. Buenas noches, hermosa.

Dejó el teléfono en su sitio y luego, poniéndose en pie, buscó una manta con la que cubrió el cuerpo de Long. Luego se aplicó a idear la forma mejor de sacar el cadáver de su casa sin dar publicidad al hecho. Había una forma, en efecto y, aunque no le gustaba demasiado, no podía hacer otra cosa.

Levantó el teléfono otra vez y marcó un determinado número. Alguien le ayudaría a solucionar el problema.

CAPÍTULO XI

A la madrugada siguiente, Ogden detuvo su coche en una calle lateral. Amy viajaba con él y le miró extrañada.

—Aquí no es...

—Hay una puerta de servicio; no iremos por delante, donde está el conserje de noche —explicó él.

—Habrá una alarma...

—Ya está desconectada, no te preocupes. Las otras, en cambio, no lo están y es cosa que nos toca a nosotros.

Ogden se apeó y ella le siguió inmediatamente. Amy vestía blusa, chaquetón corto de cuero, pantalones y botas de media caña, todo negro, incluso el gorro de punto con que se tocaba y del que se escapaban algunos rizos rubios, que le conferían un aspecto realmente hechicero. Ogden no se pudo contener y apretó su brazo con gesto afectuoso.

Ella le miró y sonrió, pero no dijo nada. Inmediatamente, cruzaron la acera y Ogden se aplicó a la tarea de abrir una puerta que no ofrecía demasiadas dificultades.

Momentos después, estaban en un montacargas, que les llevó a la séptima planta del edificio. Salieron a un corredor de servicios y alcanzaron el principal. Casi al fondo, había una puerta con un rótulo identificador: S. PEGGER. IMPORTACIONES Y EXPORTACIONES.

—¿Qué exporta ese hombre? —murmuró la chica.

—Lo que hacen otros, claro —rió él.

Había llevado consigo una bolsa, la cual contenía una caja con herramientas muy sofisticadas. Amy, aprensiva, miraba de vez en cuando hacia el arranque del corredor, mientras él trabajaba con infinita atención.

Se preguntó qué sucedería si Ogden fracasaba y sonaban las alarmas. No lo pasarían bien, aunque sospechaba que el joven debía de tener poderosos amigos que le sacarían de cualquier apuro.

De pronto, cuando más ensimismada estaba en sus pensamientos, oyó la voz del joven:

—Paso libre, encanto.

—Me siento admirada —confesó ella—. ¿Cómo lo has conseguido?

—Oh, secreto profesional —respondió Ogden, displicente, a la vez que hacía un ademán con la mano izquierda—. Las damas, primero —añadió.

Amy pasó delante. De pronto, dio un pequeño respingo y se llevó una mano al final de la espalda, en donde acababa de sentir un pellizco, no demasiado fuerte, sin embargo.

—Eh, tú, tipo fresco, no te aproveches...

—Lo siento, no puedo resistir la tentación. Es tan... atractivo...

—¿Es que los hombres no sabéis pensar en otras cosas?

—Algunos sí piensan en... otros hombres —dijo Ogden desenvueltamente.

—Tú, no, por lo visto.

—Es cuestión de naturaleza. No lo puedo remediar, Amy.

Ella sonrió.

—Yo tampoco puedo remediar... tus inclinaciones —contestó.

—No se pueden poner barreras a la naturaleza. ¿Entramos? Por favor, no enciendas ninguna luz; se vería desde la calle y algún policía curioso, podría sentirse inclinado a averiguar por qué hay luz encendida en una oficina comercial, el domingo a las tres y media de la madrugada.

Ogden había llevado consigo una potente linterna y la encendió, aunque encarando hacia abajo el haz luminoso. Lentamente, precedió a la muchacha, hasta llegar a un lujoso despacho.

Había persianas, pero estaban levantadas y se dedicó a bajarlas. Luego encaró el farol hacia un punto determinado.

—Ahí está —dijo.

Amy suspiró.

—Daría algo bueno por saber qué contiene esa caja fuerte —murmuró.

—Pronto lo sabrás, aunque mucho me temo que no entenderás gran cosa de lo que saquemos. Yo tampoco, no te vayas a creer, pero sé lo que busco y me lo llevaré.

—¿Y después...?

—Lo que vaya a suceder después, es algo que se discutirá en el momento oportuno. Ahora voy a empezar a trabajar y necesito concentrarme —respondió Ogden.

* * *

Detrás del sillón donde habitualmente se sentaba Pegger, había una gran cortina de color oro viejo, que ocultaba parte de la pared y sobre la que se veía un cuadro, con marco de cornucopia, que representaba a una hermosa mujer, sentada evidentemente, aunque sólo se le veía la mitad superior del cuerpo. Ogden se acercó al cuadro y tanteó el borde exterior del marco.

Ella le contemplaba en silencio, casi sin atreverse a respirar. De pronto, le vio retroceder y buscar algo en su maletín de herramientas. Eran unos alicates muy finos, con los que trabajó lenta y cuidadosamente unos momentos por la parte posterior del cuadro, pero sin rozar apenas las cortinas.

Al cabo de unos momentos, se volvió.

—Ahora, prepárate a ver la caja fuerte... o a salir corriendo —dijo.

Ella asintió en silencio. Ogden asió el cuadro, por la parte

inferior, con ambas manos, y lo hizo deslizarse suavemente a un lado. Admirada, Amy pudo ver que la cortina se descorría al mismo tiempo.

—El cuadro tenía una alarma y he cortado el cable — explicó él, después de dejar a la vista el lugar donde se hallaba la caja fuerte.

Estaba en un hueco formado por dos falsas columnas de sección rectangular, que llegaban desde el techo al suelo. El hueco tenía una anchura de algo más de un metro y una profundidad de medio. El metal de la caja brillaba al reflejar los rayos de la lámpara.

Ogden tenía ya la llave en su poder. Al acercarse a la caja, levantó un poco la mano.

—Ahora insertaré la llave en la cerradura —dijo—. Inmediatamente, una diminuta microcámara, captará la cifra de la clave y enviará el resultado de la observación a un pequeño ordenador, el cual, a su vez, investigará en sus circuitos. Si la clave es correcta, la alarma permanecerá silenciosa.

—¿Y si no fuera así? —preguntó ella.

—Habría fracasado y con ello echado a perder el fruto de muchos meses de trabajo.

—Sería una lástima, Thor.

—Sí, lo sería —convino Ogden con voz neutra—. Bueno, vamos a hacer la prueba definitiva.

Amy contuvo el aliento que Ogden insertaba la llave en la cerradura. El joven la mantuvo durante diez segundos en la misma posición, sin moverla. Luego, de pronto, la hizo girar hacia su derecha.

No ocurrió nada. Ogden se limpió el sudor de la frente con la manga de su chaqueta.

—Lo que viene ya es fácil, sobre todo, si se sabe el pequeño detalle de que conozco la clave de apertura.

Amy se preguntó a qué poderosa organización pertenecía el joven. De no haber sabido que la víctima iba a ser el hombre que la había ultrajado con tanta crueldad, habría pensado que Ogden la engañaba con un cuento fantástico, ideado solamente para vaciar la caja fuerte de Pegger.

Al fin, la puerta de la caja giró a un lado. Ogden exhaló un prolongado suspiro de alivio.

—Bueno, lo hemos conseguido —exclamó.

—¿Puedo saber lo que hay ahí adentro? —suplicó Amy.

—Una agenda, con infinidad de direcciones, que voy a fotografiar de inmediato, para que el tipo no sospeche nada. Como puedes ver, hay también unos cuantos sobres de gran tamaño, los cuales contienen fotocopias de cierta clase de planos secretos, y éstos sí que me llevaré.

—El sospechará algo cuando note su falta —adujo la chica.

—No puedo remediarlo, pero tampoco me es posible dejárselos —

contestó él, a la vez que sacaba del maletín una cámara miniatura, con «flash» incorporado—. Amy, tú sostendrás abiertas las páginas de la libreta, mientras yo la fotografío.

—Está bien.

La tarea no fue demasiado larga. En menos de un cuarto de hora, Ogden pudo devolver la libreta al lugar donde la había encontrado, debajo de unos cuantos fajos de billetes. Esperaba que Pegger creyese que el ladrón de los planos no se hubiera dado cuenta de la existencia del cuaderno.

Pero no podía dejar los planos de ninguna manera. Al terminar, cerró la caja fuerte y puso las cortinas y el cuadro en su sitio.

—De todos modos, cuando vea el cable cortado, sabrá que alguien ha husmeado en su caja fuerte —dijo.

—Y, ¿qué pasará entonces?

—Yo enviaré el botín a cierto lugar. Mis jefes ya tomarán la decisión adecuada.

—Habrás terminado el trabajo y te marcharás de Clarencetown, supongo.

—Me tomaré unas vacaciones. Las necesito, Amy.

Ogden hablaba mientras guardaba los planos en una bolsa de tela negra, muy fina, que había llevado consigo. De pronto, Amy exclamó:

—Thor, puesto que él, de todos modos, sabrá que han entrado en su despacho, ¿puedo hacer una cosa?

—¿Qué es? —preguntó Ogden.

—Ahora lo verás.

Sobre la mesa de despacho había un artístico bote de cerámica, con lápices y rotuladores de distintos colores y tamaños. Amy eligió uno negro, de trazo muy grueso.

Al otro lado del despacho, frente a la mesa, había una columna que sostenía el busto de una deidad mitológica, realizado en la forma clásica, sin brazos y los senos descubiertos. El busto se hallaba a cosa de metro y medio del suelo, junto a la pared opuesta. Amy se acercó y le pintó unos enormes bigotes con el rotulador.

—Solo llevarán los diablos cuando lo vea el lunes por la mañana —dijo complacidamente, al devolver el rotulador a su sitio.

Ogden sonrió. Realmente, no podía impedir aquel pequeño desahogo de la muchacha, después de lo que había sufrido. Pero ya habían pasado allí demasiado tiempo.

—Anda, vámonos, se nos hace tarde.

Ogden procuró dejar todo en su sitio. Momentos después, estaban en la calle.

Las estrellas empezaban a palidecer.

—El tiempo se nos ha pasado sin darnos cuenta —dijo Amy.

—Estábamos muy entretenidos, en efecto. Ah, tienes que hacerme

la nota de gastos para abonarte su importe.

—No lo haré —respondió ella sorprendentemente—. Ya me diste una recompensa y a Pegger le van a pasar ahora muchas cosas; con eso tengo más que suficiente.

—Amy, insisto...

—Romperé el cheque si me lo das o quemaré los billetes. Es una decisión firme, ¿lo entiendes?

Ogden calló unos momentos. Luego preguntó:

—Amy, ¿volverás a «afanar» carteras?

—No. La Fría ha muerto. Ahora seré Edwina Fuller, cuando firme mis diseños de modas. Me gusta el seudónimo; aunque parezca lo contrario, es menos pretencioso que mi nombre verdadero.

—Lo celebro infinito, Amy.

—Algún día te explicaré por qué me llamaban la Fría...

—No sigas, por favor. Sé que es algo que te desagrada y no quiero que te atormentes por mí. Amy, ¿volveremos a vernos alguna vez?

—Eso depende de ti, Thor. Aunque te tomes unas vacaciones, no será en Clarencetown...

—Me lo pensaré. ¿Cuándo piensas empezar a trabajar con el señor Robinson?

—El lunes tendré una entrevista para concretar detalles. Entonces te podré decir algo..., si es que todavía sigues en la ciudad.

—Alguien vendrá a buscar el botín. Por ahora, me quedo algunos días en Clarencetown. Tengo curiosidad por saber dos cosas: una, tu futuro como diseñadora de modas. La otra...

—¿La otra? —preguntó ella, intrigada.

—Tengo los nervios bastante alterados, y ya puedes imaginarte las causas. También te lo diré dentro de un par de días, cuando haya relajado no sólo el cuerpo, sino también el espíritu.

Ogden suspiró largamente y Amy pensó que el joven, al culminar su tarea, se había descargado de un enorme peso y que ahora se sentía mucho más aliviado. Le deseó lo mejor y se dijo que le gustaría dárselo ella misma, «pero... ¿me atreveré?», pensó, sintiéndose terriblemente desazonada.

Si se atrevía y fracasaba, no podría desprenderse jamás de un trauma que la acongojaba desde hacía cinco años. Y ello podía significar su desgracia para toda la vida.

CAPÍTULO XII

Salía de su apartamento, cuando, de pronto, vio un coche que frenaba un poco más allá y que luego retrocedía hasta situarse a su altura. El conductor agitó una mano con gesto jovial.

—¡Hola, Edwina! ¡Qué agradable casualidad! —exclamó—. Pasaba por aquí y te he visto...

Amy trató de sonreír. Interiormente, se sentía helada de pánico.

—Perdone, señor Pegger pero ése, no es mi nombre...

Inesperadamente, Pegger sacó un revólver.

—Entra en el coche —ordenó—. Entra o te mato aquí mismo.

La joven se echó a temblar. No podía huir; la bala sería más rápida y en los ojos del sujeto se veía la rabia más absoluta.

Había sido descubierta, pero ¿cómo? ¿Qué fallo había cometido?

Procurando dominarse, entró en el coche y se sentó junto a Pegger. Este cambió el arma de mano.

—Puedo conducir sólo con la derecha —dijo—. Si intentas algo, considérate muerta.

Amy guardó silencio durante unos minutos. Pegger conducía con fría decisión. La muchacha se preguntó adonde la llevaba aquel desalmado sujeto. Presintió horribles torturas antes de morir y se sintió desfallecer.

—Fuiste muy lista, desempeñando el papel de Edwina Fuller, diseñadora de modas —dijo Pegger, pasados unos minutos—. Pero cuando el lunes fui a abrir mi caja fuerte y empezó a sonar la alarma, comprendí todo de golpe. Hiciste mal en pintar el bigote en el rostro de la diosa griega.

—La tinta se puede borrar...

—No; si lo digo por la cámara que hay oculta dentro del cráneo y que filmó toda la escena. Está provista de una sensible célula fotoeléctrica, y se activa automáticamente cuando alguien enciende una luz sin mi permiso. ¿Lo comprendes ahora?

Amy se quedó sin respiración. ¿Cómo no había sabido advertir Ogden el truco?

«Tal vez sus informes eran incompletos», se dijo.

—¿Qué piensa hacer conmigo? —preguntó.

Pegger sonrió perversamente.

—No tardarás mucho en saberlo, pequeña —contestó, evasivo.

A la joven le pareció hallarse víctima de una pesadilla. Casi mecánicamente, avanzó hacia la casa un cuarto de hora más tarde, precediendo a Pegger, el cual llevaba su revólver oculto, pero, supuso, listo para hacer fuego en cualquier momento. Como un autómatas, se dejó conducir al sótano en el cual había estado ya una vez cinco años antes.

—Por favor... —suplicó—. No..., no me haga eso otra vez...

De repente, sintió un terrible dolor en la nuca y empezó a caer, sin fuerzas para sostenerse en pie. No obstante, conservaba restos de su conocimiento y, aunque muy aturrida e incapaz de moverse, pudo percatarse de todos los movimientos del sujeto.

Mascullando mil soeces imprecaciones, Pegger se arrojó sobre ella y le arrancó la ropa a tirones, desgarrándosela ferozmente, sin ninguna consideración, hasta dejarla completamente desnuda. Amy se sintió alzada en brazos momentos después y lanzada sobre una mesa, a la cual fue atada de un modo singular, por las muñecas y los tobillos, con brazos y piernas extendidos en aspa.

Pegger la contempló unos instantes, con sonrisa que le pareció propia de un demonio. Ella se recobraba con rapidez, aunque continuaba sintiendo dolor en la nuca, y lloró lágrimas de sangre, porque iba a sufrir de nuevo acuellas espantosas vejaciones que tan horribles huellas habían dejado en su mente.

—Estás aún más atractiva que hace cinco años —dijo el hombre—. Eso hará doblemente satisfactorio mi desquite. Pero no tengo prisa y, además, he de preparar algo que había descuidado un poco en los últimos tiempos.

De pronto, Pegger dio media vuelta y se encaminó hacia la escalera que conducía a la planta baja.

—Regresaré muy pronto, pequeña. Mientras tanto, espera... Espera, no tengas prisas... Lo que ha de ocurrir, ocurrirá sin que nada ni nadie pueda impedirlo...

Amy se quedó sola, sumida en la más amarga aflicción. Mentalmente, llamó a Ogden. «¿Thor, dónde estás?»

Y deseó que el joven viniera a rescatarla, pero sabía que estaba pidiendo un imposible.

* * *

Ogden llegó a la casa donde vivía la muchacha y se dispuso a entrar en el vestíbulo. El conserje le conocía ya y sonrió.

—Lo siento, ella ha salido, señor Ogden —dijo.

El joven arqueó las cejas.

—No me dijo nada...

—Se fue con otro hombre. Yo la vi subir a su coche... Un tipo bastante atractivo, todo hay que decirlo.

Ogden se atiesó.

—¿Un tipo atractivo? —repitió. Sabía que no podía ser Robinson, el dueño del taller de modas, porque ya pasaba de los cincuenta años. Entonces, sólo podía tratarse de...

—Gracias —dijo atropelladamente, a la vez que daba media vuelta y se echaba a correr hacia su automóvil, al que hizo arrancar de inmediato.

Pegger se había llevado a la muchacha. No sabía cómo había

podido averiguar la verdad, pero tampoco tenía demasiada importancia en aquellos momentos. Lo único que quería era llegar a tiempo de evitar algo horrible.

—Si la ha hecho el menor daño, le destrozaré con mis propias manos —dijo, presa de una furia indescriptible.

Pese a todo, procuró conservar la serenidad. Era preciso evitar cualquier incidente durante el trayecto. El menor retraso podía acarrear consecuencias imprevisibles.

Se preguntó si Pegger quería tomar venganza por la violación de su caja fuerte o deseaba conseguir algo muy distinto. En el fondo, era lo mismo. ¿Por qué diablos no había escapado? ¿No se imaginaba que su detención era ya cosa de muy poco tiempo?

Quizá pensaba huir después de vengarse de la muchacha. La rabia y la frustración que debía de sentir eran más fuertes que su propia seguridad.

—Debo llegar a tiempo, debo llegar a tiempo... ¿Qué diablos pretende hacer ese demente con Amy?

En aquellos instantes, Pegger estaba instalando en el sótano una batería de potentes focos eléctricos. Sonreía al apreciar las miradas de temor de la muchacha.

—Quiero que la escena se grabe con el máximo de detalles —explicó—. Los tiempos han cambiado y ahora dispongo nada menos que de tres cámaras de video, que funcionarán desde ángulos distintos. ¿Sabes?, esta clase de películas se venden muy bien. Algunos caprichosos pagan sumas increíbles, te lo aseguro.

—Pero a usted le reconocerán... —alegó ella temerosamente.

Pegger lanzó una estridente carcajada.

—He mejorado mi técnica —contestó—. Una peluca, un gran bigote... Nadie me reconocerá, créeme.

—Alguien le encontrará y hará que lo castiguen como se merece —dijo Amy.

—El no sabe que tú estás aquí. Cuando quiera darse cuenta, yo ya estaré muy lejos.

—Le buscará, aunque se esconda en el centro de la tierra...

—No me encontrará jamás, puedo asegurártelo.

De pronto, Pegger lanzó una exclamación de rabia.

—Ese maldito ha estropeado dos de los mejores negocios de mi vida. Pensaba eliminar a cinco personas influyentes, quedarme con sus negocios... Luego abrió mi caja fuerte... —Miró a la muchacha y añadió—: Tú también has tenido que ver algo en mi fracaso. Lo pagarás caro, créeme.

Pegger hablaba sin dejar de moverse por la estancia. Amy procuró mantenerse serena. «Aguantaré lo que sea y como sea, y después...»

Pero sus ilusiones se disiparon rápidamente.

Pegger había terminado de colocar las lámparas y las cámaras de video, y se acercó a una mesa que había al fondo del sótano. Cogió y lo enseñó con la mano en alto.

—Cuando haya acabado, te lo clavaré en el pecho. Tus gritos de agonía, tus espasmos y convulsiones serán auténticos —dijo, con un demencial resplandor en sus pupilas—. Gritarás y aullarás como una fiera y te agitarás de una forma espantosa, pero todo será real... en una grabación auténtica.

—Está loco, loco de remate...

Pegger lanzó una satánica risotada. Dejó el puñal y se puso una peluca negra, muy frondosa, y a continuación adhirió a su labio superior un gran mostacho de guías caídas.

—Desnudo, ¿quién me reconocería? —dijo.

Cogió un espejo para contemplarse un momento. Amy le vio sentirse muy satisfecho.

De pronto, notó que Pegger se ponía rígido. Ella se dio cuenta de que veía algo a través del espejo.

Miró hacia la entrada del sótano. Antes de que pudiera lanzar un grito de alegría, sonó la voz de Ogden:

—Pegger, quédese quieto como está o juro que le vuelo el cráneo de un balazo.

* * *

Hubo un momento de silencio. Luego, Pegger, rabiosamente, exclamó:

—¡Usted, siempre usted...!

—Se metió en un negocio que tenía que terminar mal a la fuerza, un día u otro —dijo el joven tranquilamente—. Aparentemente, se puede calificar de espionaje industrial; robo o compra ilegal de planos, tanto da, que luego vendía a cierta organización, la cual pagaba principescamente sus servicios. Pero lo que no sabe usted es que esa organización no pertenecía a empresas rivales. Los planos eran enviados al extranjero... y no le daré más detalles, porque no tienen ahora la menor importancia. Sin embargo, usted sabrá comprender lo que he dicho, ¿No es cierto?

—¿Cree que no lo sabía? —contestó Pegger despectivamente—. Pero, a mí ¿qué diablos me importaba quién se llevase los planos, si me pagaban magníficamente, al contado y sin hacer preguntas? Quería ganar dinero, eso es todo.

—Y también quería convertirse en una potencia, eliminando a cinco personas de gran relieve, dos de las cuales murieron ya...

—Perdón, sólo Sawson. Desher, aunque no lo crea, era un competidor y tuve que eliminarlo.

—¿ Personalmente?

—Lo hizo Svóngstrom, un buen elemento.

—Hasta que tropezó conmigo.

—No siempre se puede tener éxito. En el oficio de Svóngrstrom, los errores cuestan muy caros.

—Podría decírselo también a Flip Walters y a Ritch Long, ¿verdad?

—Ya han muerto, déjelos en paz —contestó Pegger desabridamente.

—Amy, ¿cómo te encontró este tipo? —preguntó el joven de sopetón.

—Tenía una cámara escondida en el busto de la diosa griega...

Ogden meneó la cabeza.

—No me informaron del suceso; si no habría vendado los ojos de la diosa —dijo.

—Empeño inútil. El objetivo de la cámara captaba las imágenes a través del pezón izquierdo —rió Pegger.

—Vaya, un truco muy inteligente. Pero esto no le servirá de nada, Sylvanus. Ha llegado al final y tendrá que responder de unas cuantas muertes, de numerosas violaciones y de...

Ogden no pudo terminar. Lanzando un aullido de rabia, Pegger tiró el espejo a un lado y echó mano al interior de la chaqueta.

Al sacarla, empuñaba un revólver. Amy chilló, aterrada.

Pegger no tuvo tiempo de apretar el gatillo. Cuando sacaba el arma, llegó el primer proyectil y le dio de lleno en el pecho.

Ogden disparó dos veces más. La tercera bala hizo abrir los brazos al asesino, proyectándolo hacia atrás con indescriptible violencia. Pegger chocó contra un foco y lo derribó al suelo estrepitosamente. Al caer, pataleó un poco, pero se quedó quieto muy pronto.

Ogden volvió a guardar la pistola. Luego, inesperadamente, dio media vuelta y se dirigió hacia el piso superior.

—¡Thor! —gritó Amy, desesperada—. No me dejes ahora... ¿Te has vuelto loco tú también?

Forcejeó para librarse de las ligaduras, pero todo fue inútil.

—¿Por qué me abandonas? —gimió.

De pronto, vio una sábana tendida verticalmente que avanzaba hacia ella. Segundos después, se encontró cubierta hasta el cuello.

Ogden se inclinó ligeramente para contemplarla. Luego se acercó más y la besó con suavidad en los labios.

—Estás a salvo —dijo—. Ahora te soltaré...

Los ojos de Amy se llenaron de lágrimas.

—Ese miserable me hizo trizas todas las ropas —se lamentó.

—Eres una hábil diseñadora de modas; eso no debe preocuparte.

—Pero ahora no puedo empezar a dibujar un vestido, comprar la tela, cortarlo, coserlo, probarlo...

Ogden se echó a reír.

—Por el momento, la sábana será más que suficiente —dijo.

Mientras hablaba, soltaba las ligaduras de la muchacha. Amy sacó una mano fuera e hizo un gesto con el índice.

—Thor, bésame otra vez —pidió.

* * *

Estaba sentado en la playa, al sol. Amy llegó y se sentó a su lado.

—Ya has empezado las vacaciones, parece —comentó.

—Creo que van a durar más de lo que ellos se creen —dijo él.

—Eso huele a dimisión, ¿no?

—Algo por el estilo, pero no debes preocuparte; no me faltará trabajo.

—Siempre que no sea de la misma clase...

—Otro distinto, un despacho, clientes, tribunales, pero sin tener que correr.

—Detrás de los criminales.

—O delante de ellos, que de todo sucede en la profesión. He salido con bien del caso y no tengo demasiada vocación por el oficio, como para tentar a la suerte en una nueva ocasión.

—Haces bien —aprobo ella.

—No siempre me encontraría con un hombre como Pegger, muy inteligente, pero que, a pesar de todo, cometió dos graves errores.

—¿Cuáles fueron, Thor? —preguntó Amy.

—El primero ser demasiado ambicioso. Tenía bastante con su negocio de robo o compra de planos y secretos industriales, aunque es preciso admitir que habían levantado un buen negocio, sin contar con las películas «porno». Pero le parecía poco y por eso contrató a varios asesinos para eliminar a cinco personas de gran relieve económico y social y quedarse con sus empresas. Su excesiva ambición le condujo al desastre, ya sabes cómo.

Ella asintió.

—Lo cual viene a demostrar que el crimen no es un buen negocio —dijo.

—Exacto. Y ahora, tú tienes que contarme por qué te dedicaste a «afanar» billeteras.

Amy bajó la cabeza.

—Fue... una especie de desquite. Al poco tiempo, me pasó algo muy parecido a lo que simulé me ocurría cuando te vi por primera vez. Entonces era sincera, me sentía terriblemente desgraciada y el hombre intentó consolarme de buena fe. Casi sin darme cuenta, toqué su cartera...

—Y entonces, dijiste: «¡Al diablo con todo!»

—Bueno, fue una especie de reacción...

—Un rechazo general hacia el hombre, aunque sólo uno te había causado daño. Apostaría algo a que disfrutabas más pensando en la

cara que pondría cuando se viese sin la billetera, que contando más tarde el dinero, ¿verdad?

Ella sonrió tímidamente.

—Eres un buen psicólogo, Thor —dijo.

—Por fortuna, todo quedó en unas cuantas carteras que volaron. Otras mujeres hicieron algo mucho peor y cometieron crímenes horrendos... Pero es mejor no hablar de ello, querida.

—Sí, aunque todavía tienes que decirme una cosa. ¿Cuál fue el segundo error de Pegger?

—Pensar que era invulnerable, que ninguna de sus víctimas se desquitaría jamás de lo que les había hecho. No supo prever que alguna, un día, intentaría tomarse el desquite, y tú lo has hecho. Sin ti, no habríamos conseguido el éxito en este caso.

—Debo admitir que algo he hecho para que cayera —suspiró Amy—. Pero, si no te importa, desearía no volver a mencionar jamás el asunto. Deseo olvidarlo para siempre.

—Puedo conseguirlo de una forma muy sencilla, Amy.

—¿Cómo, Thor?

—Cásate conmigo.

Ella guardó silencio un momento. Luego, lentamente, dijo:

—El matrimonio implica una serie de actos físicos que... No sé si podré... si me sentiré capaz...

Ogden la atrajo hacia sí. Amy tembló en sus brazos.

—Una vez —dijo él—, una chica muy hermosa, cayó en un lago de aguas heladas. ¿Debe renunciar en lo sucesivo a bañarse en aguas templadas?

Sobre su hombro desnudo, Ogden notó cierta humedad.

—Estás llorando —añadió.

—Sí... —hipó la chica—. Has dicho algo... tan hermoso...

Se separó un poco de él y le miró con ojos muy brillantes.

—Quiero bañarme contigo en aguas templadas, Thor. Siempre juntos, para toda la vida —exclamó con gran vehemencia.

Ogden hizo un ligero gesto de aquiescencia.

—Será para ambos el mejor negocio —aseguró.

F I N